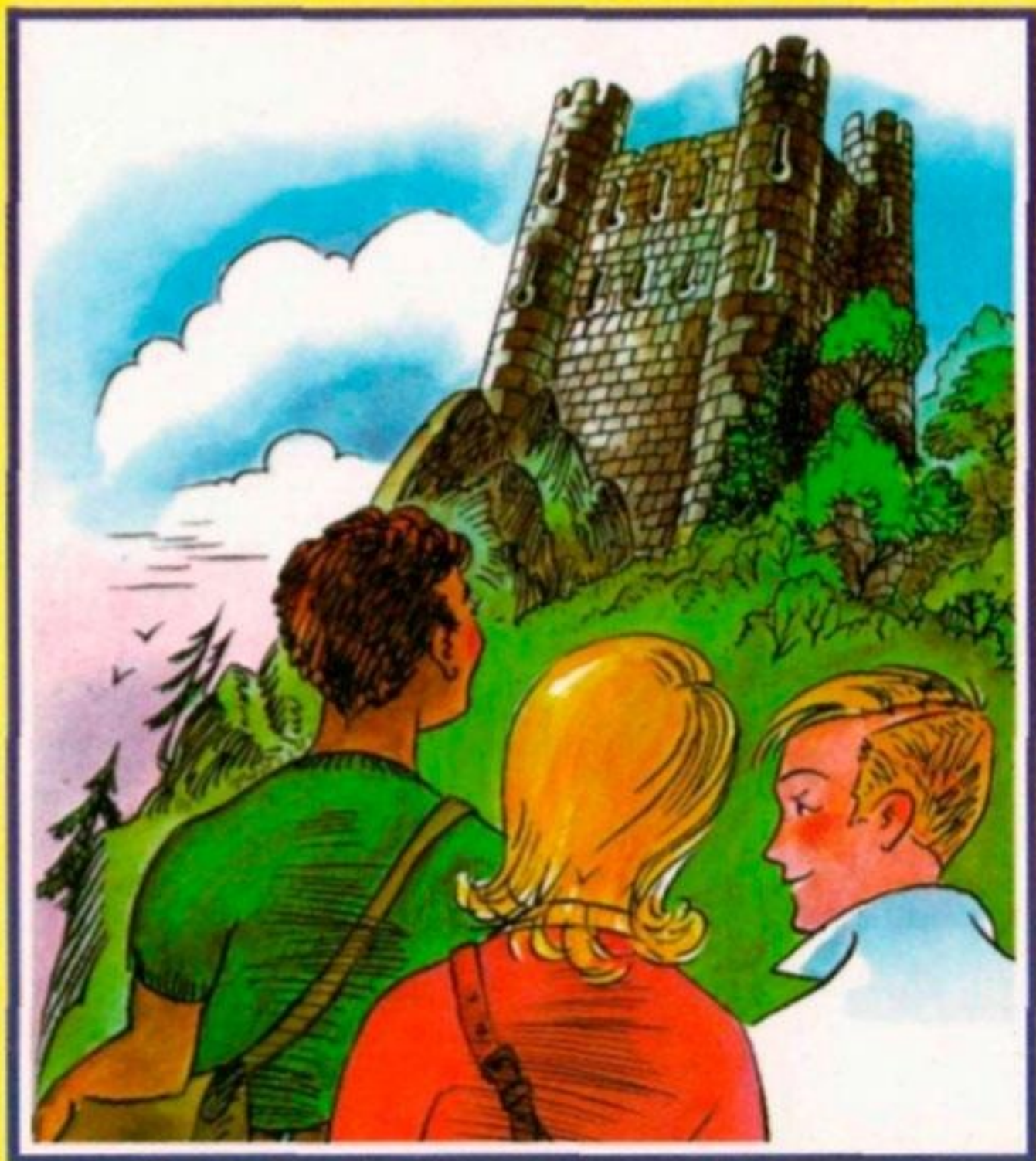


Enid Blyton



EL SECRETO DE CLIFF CASTLE

Lectulandia

Peter y Pamela pasarán sus vacaciones en el pequeño pueblo de Rockhurst junto a su primo Brock. Deciden visitar un castillo abandonado, Cliff Castle, y descubren que dos hombres entran por un pasadizo secreto algunas noches e introducen unas grandes cajas en una torre. ¿Por qué llevarán esas grandes cajas esos extraños hombres?

Lectulandia

Enid Blyton

El secreto de Cliff Castle

ePub r1.0

Gand 22.07.15

Título original: *The secret of Cliff Castle*

Enid Blyton, 1943

Traducción: Herminia Dauer

Ilustraciones: Pierre Monnerat

Editor digital: Gand

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota

Aunque suele incluirse como parte de la colección «Secreto», se trata de un error, ya que este libro narra las aventuras vividas en el castillo por dos hermanos y su primo. En la página web «The Enid Blyton Society» se puede comprobar que la colección «Secreto» solo está formada por los cinco libros referidos.

Este libro fue publicado bajo el pseudónimo de Mary Pollock.



CAPITULO I. COMIENZAN LAS VACACIONES

Peter y Pamela se asomaron juntos a la ventana del vagón y agitaron las manos para despedirse de su madre cuando el tren arrancó suavemente y el andén empezó a quedar atrás.

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós!

—¡Portaos bien! —recomendó la madre—. ¡Adiós, hijos! ¡Qué paséis unas vacaciones muy felices! ¡Y no olvidéis abrazar de mi parte a tía Ketty!

El tren entró en una curva y los dos niños ya no pudieron ver a su madre. Se dejaron caer en sus asientos e intercambiaron una mirada, tratando de disimular su excitación. ¡Era muy emocionante salir de vacaciones los dos solos! Nunca habían emprendido un viaje largo en tren sin ir acompañados.

—Espero que Brock acuda a la estación para recibirnos —dijo Peter—. Es un buen chico, y ya tengo ganas de volver a ver su cara redonda y sonriente.

Brock era su primo. Pasarían con él una parte de las vacaciones de verano, en la pequeña aldea de Rockhurst. Generalmente iban a la costa, pero su madre había pensado aquel año que les gustaría conocer más a fondo el campo. Y cuando tía Ketty escribió invitándoles a pasar tres semanas con ellos, los dos hermanos aceptaron entusiasmados.

—Podremos ir a la granja y ver todos los animales —comentó Pamela—. Y también exploraremos los bosques y, a lo mejor, descubrimos cosas interesantes. ¡Confío en que haya algún bosque cerca!

—Siempre hay bosques en el campo —dijo Peter—. Además, Brock debe de conocer todos los rincones. Resulta muy atractivo ir a un sitio nuevo, ¿verdad?

El tren aceleró la marcha. Pronto no vieron ya nada de Londres, y grandes campos verdes empezaron a ocupar el lugar de casas y calles. Aquel tren era un expreso y se detenía en muy pocas estaciones. Los niños llevaban consigo unos bocadillos, y cuando el reloj de pulsera de Pamela señaló las doce y media, Peter

abrió el paquete que su madre les había preparado.

—¡A mí siempre se me abre el apetito en el tren! —exclamó Pamela—. ¡Oh, qué bien! ¡Bocadillos de jamón! ¿Y qué hay en ese otro envoltorio, Peter?

—Galletas y dos trozos de pastel —dijo el hermano, después de mirarlo—. ¡Caramba, y también dos barras de chocolate! Un almuerzo bien rico, ¿no? Mamá nos ha puesto limonada, además. Está en aquella bolsa. ¡Bájala, Pam!

La niña se hizo con la bolsa en que su madre había metido una botella de limonada y dos vasos de papel parafinado. Los dos hermanos no tardaron en disfrutar de aquella comida tan sabrosa, al mismo tiempo que contemplaban el paisaje por la ventanilla.

—Llegaremos a Rockhurst a las tres y media —indicó Peter—, pero antes hemos de hacer transbordo en Deane. ¡Hemos de tener cuidado de no distraernos!

No tuvieron problema alguno en Deane, ya que el empleado pasó anunciando: «¡Aquí, transbordo para Rockhurst!... ¡Aquí, transbordo para Rockhurst!», y los niños saltaron del tren con sus maletas. El pequeño ferrocarril que conducía a Rockhurst aguardaba al otro lado del andén, de manera que Peter y Pamela sólo necesitaron bajar de un vagón y meterse en otro. La verdad es que se divirtieron mucho con ello.

—Ahora ya falta poco para llegar —dijo Peter—. ¿Sabes que me siento muy excitado, Pamela? Presiento que vamos a vivir aventuras.

—Sí; yo también lo creo —contestó la hermana—. Pero eso me sucede cada vez que salimos de vacaciones.

—Y a mí, claro. Sin embargo, esta vez me parece que las vamos a tener de verdad... Me refiero a aventuras importantes, incluso peligrosas...

—¿Hablas en serio? —preguntó Pamela, que también estaba nerviosa—. ¡Espero que nos suceda algo interesante! Sería formidable. La escuela fue tan aburrida durante el último trimestre, que me vendría muy bien un poco de emoción en las vacaciones.

El tren se puso en marcha entre jadeos y resoplidos, porque era un convoy pequeño y lento, arrastrado por una máquina de tipo anticuado.

—¡Qué lentitud, después de la velocidad del expreso! —dijo Pamela—. Casi podríamos asomarnos a la ventanilla y arrancar flores de los bordes de la vía.

Peter se echó a reír.

—Dentro de veinte minutos estaremos en Rockhurst y veremos a Brock.

Pasó el tiempo, y, a las tres y media en punto, el trenecito entró en una pequeña estación que tenía los andenes bordeados de geranios rojos.

—¡Rockhurst! —gritó el único ferroviario allí existente— ¡ROCKHURST!

Peter se apeó de un salto y ayudó a descender a Pamela, que miraba ansiosa a un lado y otro mientras su hermano cargaba con las dos maletas y la bolsa de cuero. De pronto chilló la niña:

—¡Allá está Brock! ¡Eh, Brock! ¡Brock...! ¡Que estamos aquí!

Brock se acercó a toda prisa. Era un muchacho alto, de cuerpo robusto y cara colorada y risueña. Sus ojos brillaron en un azul intenso cuando saludó a sus primos. Tenía doce años, la misma edad que Peter, pero se le veía más desarrollado. Pamela, de once, era más delgada y menuda que los dos chicos.

Brock dio sendas palmadas en la espalda a sus primos, a la vez que les sonreía.

—¡Hola, chicos! ¡Cuánto me alegro de veros! ¡Bienvenidos a Rockhurst!

—¡Hola! —contestó Peter, también radiante—. Es estupendo estar de nuevo contigo. ¡Caramba, y cuánto has crecido desde que te vimos el año pasado! La verdad es que me haces sentir muy pequeñajo a tu lado.

—Vamos —dijo Brock, haciéndose cargo de una de las maletas—. Mi madre espera fuera, en el coche tirado por el poni. Cabremos todos en él, aunque será preciso que apoyemos los pies en vuestras maletas.

Los chicos entregaron sus billetes y salieron de la estación sin dejar de charlar. Pamela llamó llena de alegría a la madre de Brock.

—¡Hola, tía Ketty! ¡Ya hemos llegado! Eres muy amable en venir a recogernos.

—¡Hola, queridos! —respondió la tía—. Yo también estoy muy contenta de veros. Subid al coche. Y tú, Brock, dame las maletas para que pueda colocarlas debajo de los pies.

Poco después, los cuatro avanzaban rápidamente por los caminos campestres. Sally, la yegüita, era un animal vivaracho y trotaba con gran brío. Era un día soleado, y todo respiraba un precioso aire de vacaciones. Los niños se sentían muy felices.

Pronto llegaron a la casa, de aspecto acogedor y con un encanto especial. La rodeaba un jardín grande y cuidado. A Peter y Pamela les gustó mucho.

—Es una casa simpática, ¿verdad? —exclamó Peter—. ¡El comienzo de las vacaciones es siempre maravilloso!

—Pues sí; tienes razón —asintió la tía—. Creo que es lo mejor de todas las vacaciones.

—¡Pero no lo será en este caso! —protestó Peter, a la vez que el poni entraba por la puerta del jardín y se detenía delante del edificio—. Algo me dice que estas vacaciones van a ser emocionantes desde el principio hasta el fin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brock, sorprendido.

—No sabría explicártelo —contestó Peter, saltando del coche para ayudar a su tía—. Pero tengo cierto presentimiento... ¡Espera y lo verás!

—Confío en que no te equivoques —dijo Brock, y todos penetraron en la casa.



CAPITULO II. UNA PEQUEÑA EXPLORACIÓN

Dentro les aguardaba la merienda. Los niños se lavaron las manos y se cepillaron el pelo. Peter compartía la habitación de Brock, y Pamela disponía de un cuartito chiquitín en el desván. A ella le encantaba aquella alcoba de curiosos techos inclinados y maderos torcidos y desiguales en el suelo. Mientras se cepillaba los cabellos miró por la ventana, tarareando una canción de tan contenta como estaba.

El paisaje parecía sonreír a la luz del sol vespertino. Aquí y allá se arracimaban las casas, y en los prados pacía el ganado. A lo lejos se alzaba una colina muy empinada que le llamó la atención. Parecía surgir de pronto, y en la cima había un edificio extraño semejante a un pequeño castillo cuadrado, ya que tenía una torre en cada esquina.

«¿Vivirá alguien allí? —se preguntó Pamela—. Tiene aspecto de abandonado... Brock me informará».

Poco después, mientras merendaban sentados a la mesa, Brock y sus primos charlaron de manera incansable sobre mil cosas, contándose todas las novedades. Tía Ketty les escuchaba sonriente y no cesaba de pasar de uno a otro sus fuentes de bollos rellenos de mermelada, buñuelos de jengibre y pastelillos de grosellas.

—Cualquiera diría que no comisteis nada desde la hora del desayuno —dijo, al ver que se vaciaba una fuente tras otra.

—Almorzamos en el tren —explicó Peter—, pero de eso parece que haga un año. ¡Y estos bollos son muy ricos, tía Ketty! ¡Nunca había comido otros mejores!

—¿Queréis que salgamos a dar una vuelta, después de la merienda? —propuso Pamela—. Me apetece mucho. La granja no queda lejos. Y, oye, Brock, ¿qué es esa especie de castillo, en lo alto de aquella colina tan escarpada que hay hacia el Oeste?

—¡Ah, te refieres a Cliff Castle! —respondió el primo—. Se llama así por alzarse en la cumbre de la montañita, que por el otro lado cae a pico.

—¿Vive alguien allí? —preguntó Peter.

—Ahora no. ¿Quién vivía en el castillo tiempo atrás, mamá? —quiso saber Brock.

—Pues la verdad es que no lo sé —dijo la madre—. Pertenecía a un viejo muy extraño, que quería estar solo. Por eso se mandó construir ese castillo, y vivió en él con dos criados tan viejos y raros como él. Invertió una fortuna en su construcción, y, al morir, dejó dicho en su testamento que todo debía quedar exactamente como estaba, atendido por los dos sirvientes hasta que éstos muriesen. Después, el castillo pasaría a manos del nieto de un hermano, pero tal heredero no quiso vivir nunca aquí, y ni siquiera se molestó en venir a visitar su herencia, que yo sepa.

—¿Y es un castillo de verdad? —preguntó Pamela.

—No; no lo es —dijo tía Ketty—. Pero está edificado de forma que lo parece, como puedes ver, y creo que sus muros son tan gruesos como los de una fortaleza antigua. La gente asegura que tiene pasadizos secretos, pero me imagino que no debe de ser cierto. ¿Qué iba a hacer un hombre solo con pasadizos secretos? ¡Eso no son más que cuentos!

Los niños contemplaron el solitario castillo desde la ventana, y de pronto les pareció sumamente misterioso y atrayente. En su picacho, con el sol del atardecer a sus espaldas, resultaba casi negro y amenazador.

—¿De modo que está deshabitado, tía Ketty? —quiso saber Pamela.

—Totalmente —contestó la señora—. Y dentro tiene que reinar una suciedad tremenda, ya que nadie ha limpiado allí durante años enteros, ni encendido un fuego para calentar un poco las paredes. Los muebles deben de estar mohosos y carcomidos. ¡No puede ser un sitio agradable de visitar!

Peter y Pamela se miraron. Su tía estaba muy equivocada. ¡Precisamente debía de ser fascinante! Si ellos pudieran... Después de la merienda hablaron con Brock.

—¿Nos llevarás un día de éstos a Cliff Castle? Si te parece bien, podríamos ir mañana mismo. ¡Tiene un aspecto tan extraño y solitario, y su historia suena tan emocionante! Nos gustaría muchísimo explorar el lugar.

—Mañana mismo iremos —decidió Brock—. Pero ahora quiero enseñaros el jardín de casa. ¡Ah!, y también la granja. Tenemos tiempo de sobra.

Los tres recorrieron el extenso jardín, admirando las plantas, las tomateras del huerto, los melocotoneros y muchas otras cosas. Pero lo que más les gustó fue la cabaña de Brock, instalada fuera del alcance de la vista de la casa.

—Papá me la construyó para que pudiese jugar tranquilamente con mis amigos —dijo Brock—. Ya sabéis que mamá no soporta el ruido, y nosotros alborotamos bastante, a veces... Así, pues, me llevo a mis amigos a la cabaña y no molestamos a mi madre. Aquí también podemos jugar en días de lluvia, de manera que lo pasamos bien.

A Brock y Peter les hizo mucha gracia la cabaña de Brock. Era una casita de madera, pequeña pero resistente, con una puerta roja y ventanas a los lados. En el interior había una habitación grande, alrededor de cuyas paredes estaban esparcidas

todas las posesiones de Brock —un gramófono pequeño, un mecano completo, cajas y más cajas llenas de vías de tren, locomotoras, furgones, señales y otras cosas pertenecientes al ferrocarril, y en lo alto de una repisa abundaban los libros, a cuál más prometedor.

—¡Qué suerte tienes, Brock! —exclamó Peter, mirando a su alrededor—. ¡Es un sitio maravilloso!

—Ciertamente. Vendremos aquí a charlar, cuando nos apetezca estar solos —contestó Brock—. Nadie puede vernos ni oírnos. Es un rincón exclusivamente nuestro.

Luego visitaron la granja, y cuando se fijaron en lo bajo que estaba ya el sol, comprendieron que era hora de volver a casa para cenar. Cuando descendían por el sendero, camino del hogar, pudieron contemplar el extraño castillo en lo alto de la colina destacándose imponente contra el cielo.

—¡Llévanos mañana al castillo, Brock! —dijo Peter—. Sería formidable poder explorarlo, ¿no? ¿Estuviste alguna vez allá arriba?

—No, nunca me acerqué mucho —confesó Brock—. Ya sabéis que no me atrae demasiado ese castillo. Encuentro que tiene un aspecto estremecedor.

—Así es —asintió Peter—. De todas formas, subamos mañana.

—Muy bien —dijo Brock—. No me importa ir con vosotros, pero no iría solo.

A los dos hermanos les hizo ilusión acostarse en unos cuartos nuevos para ellos. Los muchachos charlaron hasta hora bastante avanzada, y la madre de Brock tuvo que entrar dos veces para mandarles callar. Pamela les oía desde su cama, y hubiese deseado estar con los chicos para enterarse de lo que hablaban.

Por fin se durmió, y no se despertó hasta encontrarse en pleno ruido de la limpieza casera matutina. Los muchachos conversaban en voz alta, abajo, y ella saltó en seguida de la cama.

«Estamos de vacaciones, y en casa de Brock, y hoy nos dedicaremos a explorar el castillo...», se dijo mientras se vestía a toda prisa.

Luego bajó la escalera como una exhalación. Tenía un apetito feroz.

—¿Qué pensáis hacer hoy? —preguntó tía Ketty, a la vez que servía el té.

—Subir a Cliff Castle —respondió Brock—. ¿Podremos llevarnos unos bocadillos, mamá, para comerlos allí?

—Me parece muy bien —dijo entonces la madre—. Pero antes debéis hacer vuestras camas y ordenar las habitaciones. Mientras tanto, yo os prepararé el almuerzo.

Los tres niños no tardaron mucho en estar a punto. La madre de Brock se había mostrado generosa en la disposición de la comida, compuesta de bocadillos de carne en conserva, bocadillos de tomate y de huevo, tortas de mantequilla, buñuelos de jengibre y frutas confitadas.

—No lejos del castillo hay una tienda donde podréis compraros alguna bebida —indicó—. Tomad el dinero. Y ahora... ¡adiós!

Todos partieron muy contentos. Brock conocía el camino, aunque más bien era un atajo que se abría paso por los campos y atravesaba un bosquecillo. Eran ya las once cuando alcanzaron la pequeña tienda donde vendían bebidas.

—Estoy tan sediento, que podría beberme doce botellas de limonada de un tirón —dijo Peter.

—¡Eh, no las terminemos tan pronto! —protestó Brock—. La tendera tiene un pozo. Mira, ahí puedes verlo, con el cubo al lado. Pidámosle que nos deje tomar un trago de agua fresca. Así, la limonada la dejaremos para después.

La mujer estuvo conforme con que bebieran agua del pozo.

—Os puedo dar un cubo entero, si queréis —dijo.

Pero eso no era práctico para los niños, que hicieron bajar el cubo y lo subieron lleno de un agua que parecía plateada.

—Hum, está helada —exclamó Pamela, a quien el frío había dejado casi sin aliento—. Pero, desde luego, es riquísima.

—¿Adonde vais? —preguntó la mujer, a la vez que les entregaba tres pequeñas botellas de limonada.

—A explorar los alrededores del castillo —dijo Peter.

—Pues yo no lo haría, sinceramente —observó la vendedora—. Es un lugar demasiado misterioso, y la gente dice que, no hace mucho, se vieron unas luces extrañas. Y eso resulta muy sospechoso, ¿no?, dado que el caserón lleva muchos años vacío.

—En efecto, es todo muy misterioso —comentó Brock, que miraba sumamente interesado a la mujer—. ¿Y qué luces eran ésas?

—No lo sé —contestó ella—. Lo único que puedo decir es que yo no me acercaría a ese sitio en la oscuridad, ni tampoco de día. Siempre fue extraño, como si encerrara algún secreto, y todavía sigue igual.

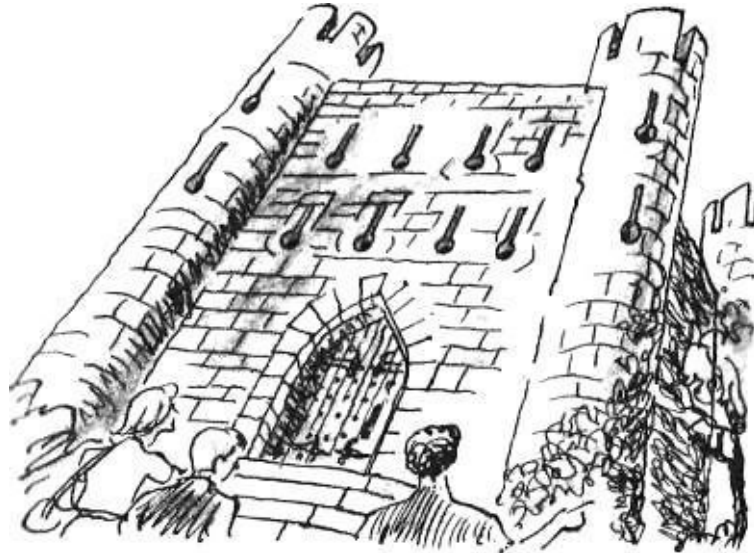
Los niños se despidieron y salieron de la pequeña y oscura tienda. Su primera mirada fue para la cercana colina en cuya cumbre se alzaba el castillo. Ahora, visto desde tan poca distancia, parecía mucho más grande. Tenía aspilleras en sus muros, esas ventanitas estrechas y alargadas que poseían los castillos muy antiguos... Desde luego, resultaba extraño que alguien hubiese construido aquello en una época en que tales fortalezas ya no eran necesarias.

—Sigamos adelante —decidió Brock, por fin—. No nos dejemos acobardar por unas historias tontas. Mi madre dice que alrededor de todo lugar desierto surgen las leyendas.

—Sin duda alguna, lo hacen más interesante —dijo Peter, al mismo tiempo que se echaba al hombro la mochila llena de provisiones—. ¡Arriba, chicos!

Y comenzaron el ascenso. No existía un camino verdadero, sino sólo un atajo difícil y estrecho que avanzaba entre salientes de roca, ya que aquella zona era toda muy pedregosa. En la ladera crecían algunos arbustos achaparrados, aulagas en su mayoría. Poca cosa era lo que podía vivir en una parte tan azotada por los vientos.

—¡Bien, ya hemos llegado! —exclamó Brock finalmente—. ¡Aquí está Cliff Castle! Me pregunto qué encontraremos en él.



CAPITULO III. CLIFF CASTLE

Ahora que los niños estaban arriba de todo, el castillo les pareció enorme. Se alzaba ante ellos, cuadrado e imponente, con una torre en cada ángulo. Sus estrechas ventanas carecían de vidrios. El gran portón de entrada estaba cubierto de gruesos clavos ya oxidados. Había también un llamador de tamaño considerable, que los niños hubieran usado muy a gusto, pero no se atrevieron...

—¡Caramba, cuántos peldaños para llegar a la puerta! —jadeó Peter una vez arriba y mirando atrás—. ¡Debió de costar una fortuna construir este castillo! Las paredes son de un grueso extraordinario, y, además, de piedra sólida.

—Demos una vuelta alrededor del edificio, para ver si descubrimos algo —propuso Pamela.

Así, pues, volvieron a bajar la escalinata y echaron a andar rodeando los elevados muros del extraño castillo. No era empresa fácil, dado que por allí abundaban las enredaderas, los arbustos y hierbas de todas clases. Pamela se pinchó las piernas con las ortigas, que crecían en grandes macizos, y a partir de entonces las evitaron con cuidado.

—Miraremos a ver si encontramos algunas hojas de lampazo, y verás cómo se te alivia el escozor —dijo Peter, y efectivamente, cuando las hallaron, las aplicó a la pierna de su hermana.

—¡Ay, qué bien! Ya no me molesta tanto —suspiró Pamela—. Desde luego, no pienso volver a acercarme a esas dichosas ortigas.

Prosiguió su paseo alrededor de aquellos muros grises. Las ventanas semejantes a aspilleras estaban situadas a intervalos regulares, y los niños las observaron con curiosidad.

—Ya sabéis que, en tiempos antiguos, estas ventanucas tan estrechas servían para que los arqueros pudieran disparar sus flechas sin exponerse a ser heridos —explicó Brock, en tono experto—. Lo que no comprendo es para qué mandó poner aspilleras

en su castillo, cuando hace ya siglos que no se emplean los arcos y las flechas. Las habitaciones deben de quedar terriblemente oscuras.

—Me gustaría poder verlas —dijo Pamela, llena de excitación—. ¡Qué aspecto tendrán después de tantos años de no vivir nadie en ellas! Telarañas por todas partes, capas de polvo... ¡Uuh, debe de dar miedo!

No pudieron dar toda la vuelta al castillo, ya que, al llegar a la cara que miraba a poniente, el monte caía de manera tan abrupta que resultaba imposible seguir adelante. Los muros del castillo constituían casi una continuación de la rocosa ladera, y a sus pies se abría un tremendo precipicio hasta el fondo del valle.

—¿Verdad que da escalofríos mirar abajo? —comentó Brock, que se había asomado al borde de la roca—. ¡No quisiera caerme por aquí!

—Creo que deberíamos almorzar —dijo entonces Peter, que de repente sintió un apetito terrible—. Ya va siendo hora. Podemos buscar un rincón donde no dé el sol y sentarnos a descansar. ¿Qué os parece?

—¡Estupendo! —exclamó Brock, también hambriento—. ¡Fijaos en aquel sitio sombreado, de cara al castillo! Mientras comemos, podemos contemplar bien las torres y los muros.

Se instalaron, pues, en aquel lugar fresco, y sacaron lodo cuanto llevaban para el almuerzo. Cuando la madre de Brock lo preparaba, les había parecido una barbaridad, pero ahora, con lo hambrientos que estaban los tres, ya no opinaban lo mismo. Desenroscaron los tapones de las botellas de limonada y bebieron con ansia, y salvo que estaba un poco caliente, la encontraron deliciosa.

Pamela fue la primera en terminar el almuerzo, ya que no comía tanto como los muchachos, e incluso les dio lo que le sobraba. A continuación se recostó contra un árbol y posó los ojos en aquel castillo gris y silencioso.

Le llamaban la atención las estrechas ventanucas y se puso a contarlas. En cuanto llegó a la segunda hilera, exclamó:

—¡Oh, mirad, Peter, Brock! En la hilera superior de ventanas hay una mayor que las demás. Quisiera saber por qué.

Los muchachos alzaron la vista, y Peter se esforzó en descubrir el motivo de la diferencia.

—No creo que hubiese intención de hacerla mayor —dijo al fin—. En mi opinión, los años la han corroído. Yo diría que la parte inferior se ha ido desmoronando. Puede que desemboque ahí una tubería, y que haya una filtración que ha estropeado la piedra y la obra de ladrillo...

—¿Ves el árbol que crece debajo de la ventana? —dijo entonces Brock, con súbito entusiasmo—. ¡Podríamos trepar por él y echar una mirada por esa ventana! A lo mejor descubrimos algo interesante...

Peter y Pamela se mostraron enormemente interesados y recorrieron con la vista aquel árbol tan alto. ¡Sería formidable subir por él y curiosear lo que había dentro del castillo!

—Primero trataremos de mirar a través de las ventanas del primer piso —propuso Peter—. Me figuro que a tía Ketty le haría muy poca gracia que trepáramos a un árbol con estas ropas. Para eso necesitaríamos otras prendas.

—¡Bah, al diablo con las ropas! —Decidió Brock, que tenía la cara roja de excitación—. ¡Opino que debemos subir! Pero antes atisbaremos por las ventanas de abajo. Ven, Peter, y ayúdame.

Poco después, Peter se agachaba para levantar a Brock hasta la ventana, con objeto de que éste pudiese ver lo que había dentro. Pero, por mucho que Brock se esforzó, no logró distinguir nada.

—¡Está muy oscuro! —dijo—. Sería más fácil si no fuera un día de tanto sol. Pero, de esta manera, mis ojos no pueden ver absolutamente nada.

—¡Bien, trepemos al árbol, pues! —gritó Pamela, echando a correr hacia él.

Le gustaba tanto trepar como a los chicos.

—¡Espera un momento, Pam! —contestó Brock—. Primero subiremos Peter y yo, y entonces te echaremos una mano. ¡Al fin y al cabo, eres sólo una niña!

—¡Soy tan fuerte como vosotros! —protestó, y se puso a buscar el modo más fácil de subir.

Pero Brock fue el primero en llegar a la copa. Era un chico del campo, acostumbrado a trepar, y sabía cómo hacerlo con rapidez. Pronto se perdió de vista entre la fronda. Su voz les llegó desde arriba.

—Subid por el mismo sitio que yo. No es difícil.

Peter así lo hizo, y detrás de él subió Pamela. De vez en cuando, a ésta le hacía falta la mano del hermano, y la verdad es que estaba contenta de contar con ella. Pronto estuvieron los dos en una de las ramas altas, junto a Brock. El primo les miró sonriente.

—¡Buena trepa! —dijo—. Y ahora, mirad. ¿Veis esta rama? Llega exactamente a la ventana. Es fuerte y creo que nos aguantará a los tres. Sin embargo, nos deslizaremos uno tras otro, por si acaso.

—Ve tú primero —indicó Peter.

Y Brock avanzó de lado a lo largo de la rama, sujetándose con brazos y piernas. Pero aquélla se doblaba bajo su peso, y el muchacho se veía balanceado por debajo del alféizar de la ventana, de modo que prefirió retroceder.

—No sirve —jadeó—. Lo intentaremos con la rama de encima, que parece bastante más robusta, y aunque su extremo cae por encima de la ventana, nuestro peso la doblará lo suficiente... Eso creo, al menos...

Todos treparon un poco más. Entonces, Brock probó suerte con la rama elegida. Tal como había supuesto, su peso la dobló de manera gradual, y cuando él llegó al extremo de la rama, éste se apoyó en el mismo alféizar de la ventana. Es más: incluso penetraba un poco en aquella especie de aspillera.

—¡Perfecto! —exclamó Brock.

Pasó una pierna por encima del alféizar de piedra y escudriñó a través de la

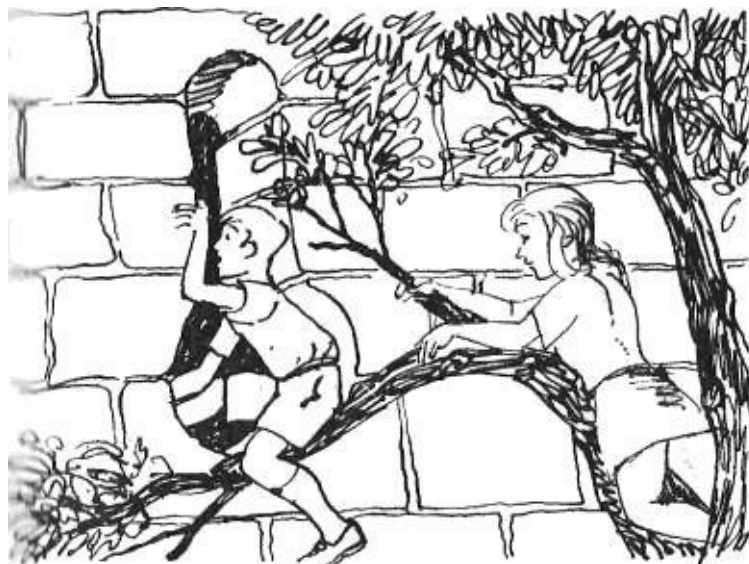
abertura. Ciertamente, la intemperie había gastado el marco de piedra de aquella ventana, porque ahora era casi suficientemente grande para que por ella entrase el fornido cuerpo del muchacho.

—¡Creo que incluso podría meterme! —les gritó a los demás.

Se había puesto de pie en el alféizar y trataba de introducirse. Pero él no era delgado, y no resultaba empresa fácil. Era tanto lo que tenía que apretarse, que temió reventar.

El muro era grueso, además. Cosa de un metro, quizá, y Brock sudó lo suyo para pasar por la abertura. Cuando por fin hubo saltado al suelo, voceó:

—¡Venid! ¡No es tan difícil como creía! ¡Si conseguís entrar, exploraremos todo el castillo de arriba abajo...!



CAPITULO IV. EN EL INTERIOR DEL CASTILLO

A Pamela la ponía un poco nerviosa eso de entrar en el castillo, pero si los chicos opinaban que podía hacerse, ella no quería ser menos. Por consiguiente, siguió a Peter cuando éste se introdujo como pudo a través de la ventana, y se agarró con fuerza a su mano para saltar a la oscuridad que la aguardaba dentro.

Dos de aquellas aberturas semejantes a aspilleras proporcionaban cierta claridad a la estancia. De momento, al entrar en ella les pareció tan negra como la noche, pero sus ojos se acostumbraron pronto a las tinieblas y Empezaron a ver bastante bien. Dos chorros de luz penetraban en el aposento, pero el resto continuaba sumido en la negrura.

Los niños miraron a su alrededor, hasta que Pamela exclamó con desengaño:

—¡Oh, pero si la habitación está vacía! Es como la celda de una cárcel. ¡No hay nada de nada!

Tenía razón. Todo estaba desnudo: las paredes, el suelo y el techo. En un extremo descubrieron una puerta cerrada, grande y resistente, con un tirador de hierro. Brock se acercó a ella.

—Bien —dijo—, es posible que no hayamos tenido suerte con esta pieza, que por lo visto no contiene nada, pero quizá descubramos muchas cosas en algún sitio. ¡Abramos esta puerta y comencemos la exploración!

Hizo girar el voluminoso tirador, y la puerta se abrió. Conducía a un pasillo totalmente a oscuras. Brock buscó en sus bolsillos, recordando que llevaba una linterna. La encontró, en efecto, y la encendió.

El pasillo procedía de una estrecha escalera de piedra y parecía describir una curva.

—Venid —dijo—. ¡Por aquí! Abriremos las puertas que encontremos y... ¡a ver qué sorpresas nos depara este castillo!

Franqueó otra puerta cercana, pero tampoco vieron nada. El ruido que Brock hizo

al cerrar esta nueva puerta produjo un eco que recorrió toda la mansión de un modo terrorífico. Diríase que cien puertas se cerraban, una tras otra. Pamela se estremeció.

—¡Qué horror! —dijo—. No resulta agradable hacer ruido en este lugar, porque hasta un poco de eco parece un trueno.

Seguían sin hallar nada en ningún sitio. Aquello era decepcionante. Brock les condujo a la escalera, que torcía hacia abajo, en dirección al corazón del castillo, y cerca del fondo se ensanchaba un poco para terminar en una vasta sala con un gran hogar en un extremo.

—Esto tiene que ser la cocina —dijo Pamela, sorprendida—. Y estas escaleras que nos han conducido hasta aquí deben de ser las del servicio. En alguna parte habrá, sin duda, un tramo de escaleras más importantes. Por las que hemos bajado son demasiado estrechas para un castillo tan grande.

La cocina, oscura y sucia, estaba amueblada, pero en ella tampoco había mucho que ver. Una amplia mesa de madera y, alrededor, robustas sillas del mismo material. Junto a los fogones se veían cazos y sartenes, y encima de donde antaño se encendiera el fuego pendía una olla de hierro. Brock metió la nariz en ella e hizo un gesto de asco. Dentro había un líquido oscuro, de olor fétido.

—¡Algún brebaje preparado por brujas! —exclamó con una voz profunda y lúgubre que hizo estremecer a Pamela.

Brock soltó una carcajada al observar el sobresalto de su prima.

—¡Bah, mujer! —agregó—. Sólo se trata de un resto de sopa o de algo que, con el tiempo, se ha estropeado.

Los niños abandonaron la cocina y, poco después, se vieron en un amplio salón del que partían cuatro puertas. Brock abrió una de ellas.

Y entonces, de repente, ¡sí que hallaron algo interesante! La vasta estancia que se extendía detrás estaba magníficamente amueblada. Grandes sofás, sillas talladas, vitrinas y mesas... Todo ello tal como lo habían dejado. Sin embargo, ¡qué aspecto tan triste tenía! Enormes telarañas adornaban los enseres, y nubes de fino polvo gris se levantaron del suelo al entrar los niños.

Por cuatro de las estrechas ventanas penetraban los largos haces de luz dorada, que dividían la habitación en varias partes. Aquello daba un aire todavía más misterioso al conjunto, ya que el brillo del sol contrastaba extraordinariamente con la negrura de los rincones apartados.

—¡Oh, qué araña más horrible! —exclamó Pamela con un estremecimiento, cuando una gruesa tarántula salió corriendo por debajo de una mesa.

A los chicos, las arañas no les daban miedo. Ni siquiera tenían reparo en meterse entre las telarañas que cubrían los espléndidos candelabros que antaño sostuvieron decenas de velas con las que se iluminaría la amplia estancia.

Pamela, en cambio, no soportaba el extraño y ligero tacto de las telas de araña contra su pelo, y ansiaba volver al aire libre.

—¿No es raro que todo fuese dejado así? —comentó Brock, intrigado—. ¡Fijaos

en esas cortinas! En su día tuvieron que ser preciosas. Ahora, en cambio, están descoloridas y llenas de suciedad.

Tocó una... y se deshizo a trozos en su mano. Era, casi, como si alguien hubiese soplado sobre la tela, fundiéndola.

—El brocado de los muebles también está podrido —dijo Pamela al tocarlo, ya que se le hizo polvo entre los dedos—. Las polillas lo han destruido todo. ¡Ay, qué lugar más insoportable y triste! No me gusta nada. ¡Salgamos ya de aquí!

—No. Primero lo tendremos que explorar —contestó Peter—. ¡No seas aguafiestas, Pam! Ven con nosotros. Y no temas, que no ha de sucederte nada.

Como Pamela no quería ser considerada una aguafiestas, siguió a los chicos, aunque de mala gana, cuando éstos salieron de aquella sala y entraron en otra.

Allí encontraron lo mismo: muebles y cortinajes, todo en un estado desastroso. El olor a moho resultaba casi insoportable. Pamela empezó a sentirse mareada.

—¡Odio este olor! —dijo—. Y me molesta terriblemente andar entre estas telarañas tan asquerosas. No puedo verlas, y me estremece notarlas alrededor de mi cabeza.

—Volvamos arriba —propuso Brock—, pero esta vez no lo haremos por aquellas escaleras estrechas, sino por las grandes.

Subieron, pues, por los enormes peldaños de piedra, y llegaron a unos grandes dormitorios. En el piso siguiente había más habitaciones, y de una de ellas partía una escalerilla de caracol que penetraba en uno de los torreones del castillo.

—¡Adelante! —exclamó Peter—. Desde arriba tendremos una vista maravillosa sobre los alrededores.

La escalerilla conducía, a través de una puerta abierta, a un cuarto pequeño y cuadrado que parecía constituir el auténtico corazón de la torre. La luz procedía de unas pequeñas aspilleras en cada lado. Un banco de piedra recorría las paredes, y era lo único que había en aquella pieza.

—¡Qué vista! —dijo Pamela, mirando por una de las aberturas.

Ante ella se extendía toda la parte occidental de la zona, reluciente bajo el caluroso sol de agosto. Resultaba precioso.

—¡Veo nuestra casa! —señaló Brock—. Allá, detrás de la granja. ¡Qué pequeña parece! ¡Y qué diminutos se ven los caballos y las vacas! Como los animales de una granja de juguete.

Era realmente divertido mirar a través de las aspilleras y contemplar todo desde tanta altura. Pero los niños se cansaron pronto de aquello y decidieron bajar.

Una vez en el primer piso, sin embargo, no lograron encontrar la habitación por una de cuyas ventanas habían penetrado. ¡Qué extraño! Abrieron una puerta tras otra, pero no aparecía por ninguna parte el árbol que les ayudara en la aventura.

—Estoy totalmente desorientado —admitió Peter, al fin—. No tengo ni idea de dónde quedaba aquella pieza. Y si no queremos pasar aquí toda la noche, ya podemos espabilarnos para buscar una salida. Yo soy partidario de que bajemos al vestíbulo,

vayamos a la cocina y, desde allí, volvamos a subir por la escalera de servicio.

De pronto, junto a ésta descubrieron una puertecilla muy baja. Los niños la miraron con extrañeza. No la habían visto antes.

—Quizá, si podemos abrirla, nos conduzca al exterior —dijo Peter—. Eso nos evitará tener que bajar por el árbol. Ya traté de salir por la puerta principal, pero es demasiado pesada. Los pestillos están oxidados y pegados a la madera, y ni siquiera pude dar vuelta al pomo. ¡Probemos suerte con esta puerta pequeña!

—¡Tendremos que agacharnos para pasar por ella! —rió Brock.

Un examen más detenido demostró que la portezuela estaba cerrada por dentro con una aldaba, pero no atrancada ni con llave, pese a que ésta se hallaba puesta. Peter corrió la aldaba.

Con un empujón de los chicos, la puerta se abrió un poco, pero luego quedó enganchada. Los dos primos volvieron a empujar, y por la rendija penetró la luz del sol.



Peter miró como pudo al otro lado, y dijo:

—Un gran montón de ortigas y aulagas impiden que se abra más.

—¿Llevas un cuchillo, Brock? Creo que con ayuda de él podremos abrirnos el paso suficiente para salir de aquí.

Brock le entregó un cuchillo de aspecto amenazador, con el que eliminó las ortigas y aulagas.

—¡Quita bien las ortigas! —suplicó Pamela—. Todavía me escuecen las piernas, por culpa de las que pisamos al entrar.

Peter hizo lo que pudo. Finalmente, él y Brock consiguieron abrir la puerta lo imprescindible para salir estrujándose por ella uno tras otro. Después de la polvorienta oscuridad de aquel castillo silencioso, los tres se alegraron de volver a sentir el calor del sol.

—Yo diría que conviene dejar la puerta simplemente entornada, para que podamos entrar de nuevo cuando nos apetezca —opinó Peter—. Resultaría divertido jugar a contrabandistas o a cualquier otra cosa de éstas. Podríamos disimular la entrada.

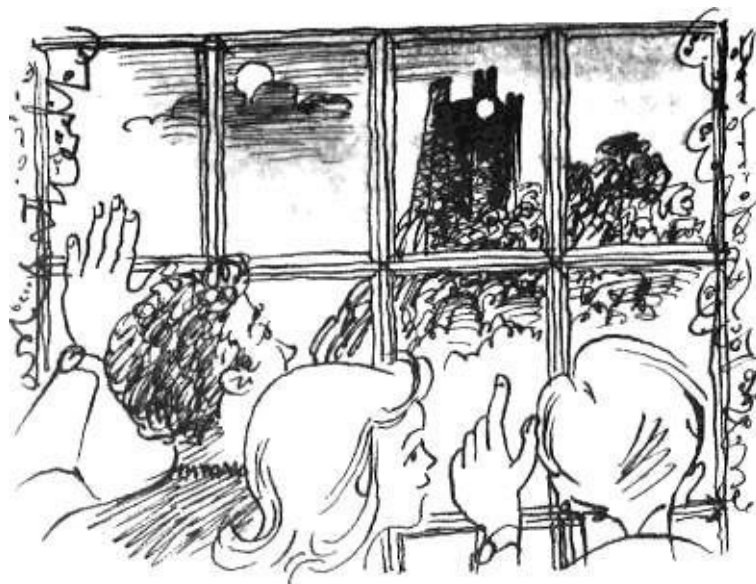
—¡Buena idea! —asintió Brock.

Así, pues, entornaron la puerta con cuidado, volvieron a colocar las aulagas y acabaron de esconder el acceso secreto con ramas y hojas de un seto cercano.

Pamela había vuelto a pincharse con las ortigas y estaba a punto de llorar, de manera que su hermano tuvo que buscar más hojas de lampazo.

—¡Ánimo, mujer! —dijo—. Al fin y al cabo, ¿qué son las punzadas de ortiga? ¡Piensa en la aventura que corrimos esta tarde! Subiremos otro día al castillo, bien pronto, y ¡ya verás cómo nos divertimos!

Pamela no estaba muy segura de querer volver, pero se guardó muy mucho de decirlo. Los muchachos no cesaron de charlar sobre las emociones durante el camino de regreso, y cuando llegaron a casa, Pamela empezaba a decirse que, pinchazos de ortigas o no, también ella lo había pasado estupendamente.



CAPITULO V. EN PLENA NOCHE

A la mañana siguiente, tía Ketty se llevó a Peter, Pamela y Brock a la costa, que quedaba a unos tres kilómetros de distancia. Hicieron el viaje en el cochecito tirado por un poni, y se divertieron tanto, que los niños olvidaron el castillo durante un par de días.

Tuvo que suceder algo muy especial para que recordaran su aventura.

Fue en plena noche. Pamela despertó sedienta. Sabía que su tía había dejado una jarra de agua y un vaso en la repisa de la chimenea, y se levantó a beber.

Era una noche clara, aunque la luna parecía querer esconderse detrás de unas nubes. Desde la ventana, Pamela distinguió perfectamente el castillo, pero luego, al disminuir la luz, éste fue sólo una oscura masa en la cumbre de la colina.

De pronto, la niña vio algo brillante que revoloteaba por la parte alta del castillo. Centelleó durante unos segundos y desapareció. ¿Qué sería?

Pamela continuó su vigilancia, sin acordarse ya del agua fresca. El resplandor volvió a producirse, esta vez más abajo. Se desvaneció de nuevo y, por último, apareció al pie del caserón.

La niña estaba muy excitada. La mujer de la tienda de refrescos había hablado de unas luces que, de vez en cuando, se veían en el castillo... Y ahora habían aparecido de nuevo, porque ella, Pamela, acababa de verlas.

«Debo despertar a los chicos y explicárselo —pensó—. Me consta que no es un sueño, pero quizá, si espero a mañana, ya no esté tan segura y no lo diga. ¡Sé bien que no se trata de un sueño mío!».

Bajó las escaleras con cautela y se introdujo en el cuarto de los chicos, que estaba abierto.

Peter y Brock dormían profundamente. La niña sacudió a su hermano, y éste despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz alta, a la vez que se incorporaba, extrañado de

ver que aún era de noche.

—¡Chist! —Hizo Pamela—. Soy yo, Peter. Escucha... Me levanté para beber agua y... ¡y vi luces en el castillo!

—¡Caracoles! —exclamó Peter, saltando de la cama para correr junto a la ventana—. ¿Estás segura, Pam? ¡Despertemos a Brock!

Pero el primo ya estaba despierto a causa de todo el alboroto. Pronto supo de qué se trataba y acudió también a la ventana. Los tres estuvieron al acecho durante unos instantes, y, de súbito, una lucecilla se encendió en la parte baja del castillo.

—¡Allí está! —dijo Pamela, agarrando a Peter con tanta fuerza, que éste se estremeció—. ¿La ves?

—¡Claro que sí! —respondió el hermano—. Y ahora vuelve a brillar, allí, en alguna parte del primer piso... ¡Y fíjate! Ahora sube... ¡Ya está arriba de todo! En la torre, supongo. ¡Es la torre a la que subimos el otro día!

Pamela estaba bastante asustada. ¿Quién podía encontrarse en el castillo a tales horas? Los niños permanecieron al acecho durante un rato más, pero luego volvieron a la cama, aunque extrañados y nerviosos.

—Propongo que mañana mismo subamos al castillo, para ver si realmente hay alguien —dijo Brock.

Nada era capaz de asustar al muchacho, ni nada, tampoco, de hacerle perder la sonrisa. Había decidido descubrir cuanto antes el secreto de Cliff Castle.

A la mañana siguiente, los tres se reunieron en la casita que Brock tenía en el jardín, para estudiar sus planes. Todos estaban convencidos de que alguien vivía en el castillo o lo visitaba..., alguien, en cualquier caso, que no tenía derecho a ello. ¿Quién sería y... por qué iba allí?

—Más vale que no contemos nada a mamá —opinó Brock—. Probablemente se echaría a reír y diría que cualquier pequeñez nos sirve para armar un gran tinglado. Además, será mucho más interesante ir solos y tratar de resolver el misterio.

—¿Cuándo podremos ir? —quiso saber Peter, lleno de ansia.

—Después del almuerzo —contestó Brock—. Esta mañana vamos al mercado de la ciudad. Sería una pena perdérselo. Resulta muy divertido. Papá nos llevará en su coche.

Por consiguiente, los niños no emprendieron su segunda excursión al castillo hasta después de haber visitado el mercado y tomado un almuerzo abundantísimo.

Se detuvieron en la misma tiendecita donde la vez anterior compraran la limonada, y la mujer les sirvió unos refrescos que consumieron allí mismo.

—¿Ha vuelto a oír algo acerca de esas luces que se ven en el castillo? —Le preguntaron al pagarle las bebidas.

La tendera movió la cabeza.

—No —dijo—, pero no es conveniente que andéis mucho por allá. Es un lugar peligroso.

Los niños se miraron con disimulo.

—No se preocupe —habló Brock, por fin—. No tenemos intención de correr riesgos.

Reemprendieron su camino y pronto llegaron cerca del castillo, que se alzaba amenazador encima de la colina. Siguieron el pedregoso atajo y, finalmente, se vieron ante la amplia escalinata cubierta de maleza.

—No subiremos por ahí, por si acaso nos vigila alguien desde el edificio —dijo Peter—. Vale más que tratemos de encontrar la puertecita que dejamos entornada.

Procuraron rodear las ortigas y los hierbajos más espesos, y por último se vieron ante la pequeña entrada abierta en las gruesas paredes. Todavía estaban allí las ramas que dejaran para disimularla. Nadie había tocado nada.

Esta vez, cada uno de los niños llevaba su linterna, de modo que no necesitaban ir tan pegados uno a otro. Pamela, sin embargo, se decía que no pensaba apartarse de su hermano.

Tiraron de la puerta que habían dejado entornada, y se abrió en silencio. Los niños penetraron por ella, encogiéndose, y la cerraron tras de sí. Poco después se hallaban en la cocina, y pasearon por ella sus linternas.

No había nada nuevo que ver. Atravesaron la pieza, camino del vestíbulo, y Brock lanzó de pronto un grito de sorpresa, a la vez que mantenía su luz sobre algo que había en el suelo.

Los demás miraron extrañados. Pamela no entendía por qué Brock se mostraba tan excitado, ya que allí sólo se veían pisadas que iban y venían de un lado a otro. ¡Sin duda, las que ellos mismos habían dejado en su última visita al castillo!

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Acaso no te das cuenta, tonta? —contestó Peter, señalando unas huellas que cruzaban la sala—. ¡Fíjate! No son nuestras pisadas. Ninguno de nosotros tiene unos pies tan enormes, ni lleva botas con clavos. ¡Observa las marcas dejadas por los clavos en la capa de polvo!

Pamela y los chicos miraron atentamente aquellas huellas. Era evidente, sí, que algún adulto había pasado por allí. Brock descubrió más pisadas y las iluminó con su linterna.

—Aquí entraron dos hombres —comprobó, muy pensativo—. Y estas segundas huellas son de unos pies más pequeños... Quisiera saber qué diantre hacían en el castillo.

Los niños se miraron entre sí. No entendían para qué tenían que subir al castillo dos hombres, en plena noche. ¿Quizá con intención de robar algo?

—Echemos una ojeada a las habitaciones de esta planta, para ver si algo está cambiado —dijo Brock por fin.

Así, pues, abrieron la puerta más cercana y metieron la nariz en el cuarto al que daba entrada. Seguía éste tan lleno de telarañas como antes y despedía el mismo horrible olor a moho que la vez anterior.

—Todo sigue igual —murmuró Brock—, y sólo veo nuestras propias pisadas.

Pero sigamos las huellas de esos hombres para ver adonde nos conducen. Están bien claras, ¿no?

En efecto, habían quedado muy marcadas en la gruesa capa de polvo y no les resultó difícil distinguirlas de las huellas dejadas por ellos mismos, ya que las de los hombres eran mayores y se hundían más en la suciedad. Los niños siguieron aquellas marcas por la escalera grande, hasta el primer piso, donde algo se distinguía perfectamente en el suelo.

—¡Mirad esa forma alargada que hay marcada en el polvo! —dijo Brock—. Parece como si alguien dejara una caja pesada, ¿no?

—Sí —asintió Peter—. ¡Y fijaos! Ahí está la señal de otra caja, o de lo que sea... Diríase que los hombres subieron algo muy pesado por la escalera y que lo dejaron aquí para descansar un poco antes de seguir.

—¡Oye, casi me siento como un detective! —intervino Pamela, llena de emoción—. ¡Mira que vernos siguiendo pistas! Pero me pregunto adónde llevaron los hombres esa carga. Supongo que esto explica las luces que vimos anoche. Esos tipos tenían linternas, y su reflejo se distinguía cada vez que pasaban junto a una de las ventanitas en forma de aspilleras, como si llevaran velas... Probablemente, ellos ni se dieron cuenta.

—¡Ven! —dijo Brock, impaciente—. Continuemos.

Las huellas les condujeron a través de muchas puertas cerradas y, por fin, a otro tramo de escaleras. Una vez en el segundo piso, los niños vieron que las pisadas seguían.

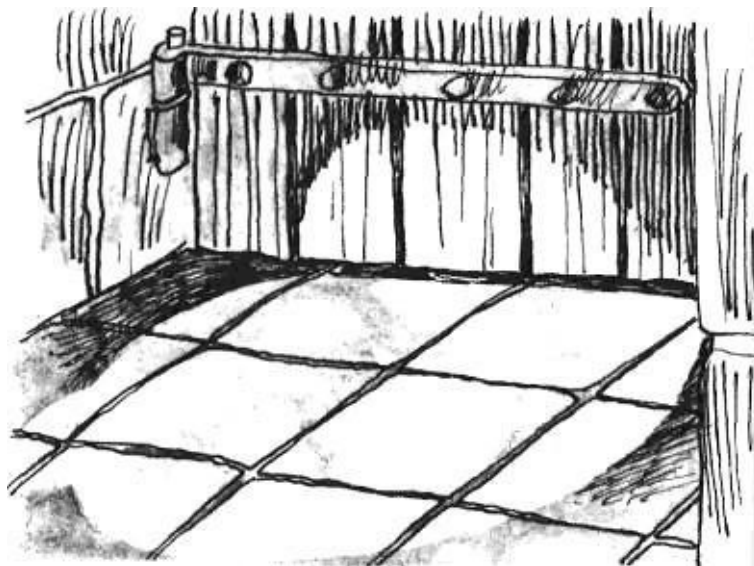
—Me figuro que deben de llevar a aquella torre —susurró Pamela—. Recordaréis que también allí vimos parpadear una luz. ¡Espero que no haya nadie arriba!

Esta observación hizo que los chicos se detuvieran en seco. ¡No habían pensado en tal posibilidad! ¿Y si, realmente, alguien se ocultaba en la torre? Eso podría resultar muy desagradable, ya que a esos hombres no les haría ninguna gracia la interferencia de unos niños.

—Será mejor que avancemos en silencio, sin pronunciar palabra —dijo Brock en un murmullo—. ¡Seguidme!

Con la máxima cautela, latiéndoles el corazón con gran violencia, los tres continuaron el ascenso hasta alcanzar la pieza desde donde partía la escalerilla de piedra que llevaba a la torre. Las huellas proseguían hacia arriba, de manera que también ellos subieron, procurando no hacer ruido.

Alcanzaron, por fin, la puerta de madera que encontraron abierta la primera vez. Ahora, en cambio, estaba cerrada.



CAPITULO VI. UN ENIGMA

—¡Está cerrada! —susurró Brock—. ¿Queréis que intente abrirla?

—¡No! —exclamó Pamela.

—¡Sí! —le contradijo Peter.

Su hermana se agarró fuertemente a su mano. Ignoraba lo que podrían encontrar detrás de aquella puerta cerrada, pero tenía la certeza de que no sería nada agradable. Los chicos, en cambio, creían que debían abrir la puerta, porque reventaban de curiosidad. Brock la empujó. Pero la puerta no cedió. Entonces puso la mano en el pomo de hierro y trató de hacerlo girar. El pomo se movía, sí, pero no por eso se abrió la puerta.

—Está cerrada con llave —comprobó Brock, decepcionado—. Recuerdo haber visto una llave puesta, cuando estuvimos aquí, y ahora ha desaparecido.

—Mira por el ojo de la cerradura —dijo Peter con insistencia—. Tal vez distingas algo. ¡Es un agujero muy grande!

Brock se acercó a la cerradura y murmuró:

—Está todo muy oscuro, pero me parece ver formas de cajas y cosas por el estilo. ¡Mira tú, Peter!

Los dos hermanos, Peter y Pamela, escudriñaron a través del ojo de la cerradura, uno tras otro, y estuvieron de acuerdo en que había cosas que antes no estaban. Era imposible distinguir si se trataba de cajas o baúles u otra clase de bultos, pero desde luego vieron cosas escondidas allí.

—¡Lástima que no podamos entrar y comprobar qué hay encerrado ahí dentro! —se lamentó Brock—. Sin duda, algo que no debiera estar en este castillo.

El caserón resultaba tan silencioso y solitario, y el rumor de sus propias voces producía tal eco en la escalera de piedra, que Pamela volvió a sentir un nerviosismo terrible y tiró de la manga a Peter.

—¡Vayámonos de aquí! —dijo—. Ya volveremos otro día. ¿Conviene explicar a

alguien lo que sabemos?

—No lo creo —respondió Brock—. Es nuestro misterio. Lo descubrimos nosotros, ¿no? Tratemos, pues, de resolverlo solos. En los libros salen continuamente secretos y misterios, y sería estupendo guardar para nosotros este enigma.

Descendieron por la escalera de piedra, intrigados por lo que pudiese haber en la torre y ante el misterio de que estuviera cerrada. Llegados al vestíbulo, Brock enfocó su linterna hacia la puerta principal.

—Supongo que los hombres entrarían por aquí... —empezó a decir, pero se interrumpió de golpe—. ¡Mirad! —exclamó—. ¡De la puerta no arranca pisada alguna! ¿Verdad que es extraño? ¿Por dónde entraron, pues?

Los tres niños contemplaron en silencio la enorme puerta. Desde luego, los nombres no se habían servido de ella. ¿De cuál, entonces? Que ellos supieran, el castillo sólo tenía otro acceso, que era la pequeña entrada que venían utilizando en secreto. Estaban convencidos de que los hombres tampoco habían penetrado por la ventana a la que daba el árbol, porque bastante les había costado a ellos meterse. Para un adulto, la empresa era imposible.

—¿Extraño, no? —murmuró Peter finalmente—. ¡Tiene que haber otro modo de entrar!

—Sigamos todas las huellas, hasta comprobar de dónde vienen —propuso Brock—. Forzosamente nos han de conducir al punto por donde se metieron esos tipos.

Con sus linternas enfocando el suelo, los tres se guiaron por las pisadas, con mucha paciencia. Sin embargo, había buen número de huellas que parecían no tener sentido. Conducían a una habitación que en su día habría servido de estudio, y también salían de ella. Formaban las pisadas una línea doble, una de ida y otra de vuelta, y llevaban a través de la estancia hacia la gran chimenea, para regresar otra vez.

—¿Por qué vinieron los hombres a esta pieza y volvieron a salir? —preguntó Pamela, desconcertada—. Por lo visto, no tocaron nada. En tal caso, ¿por qué...?

—¡Quién sabe! —la cortó Brock, al mismo tiempo que apagaba su linterna—. Por simple curiosidad, quizá. No creo que aquí haya nada que les interesara. ¡Caramba, mirad la hora que es! Llegaremos tardísimo a merendar.

—Sí; debemos irnos —asintió Peter, que si bien sentía gran apetito, no deseaba dejar el misterio sin resolver—. Vayámonos, pero volveremos pronto.

Bajaron a la cocina y, desde allí, salieron por la portezuela, que volvieron a entornar y disimular con ramas y con aulagas. Realmente quedaba bien escondida.

—Confío en que esos hombres no sean tan listos como nosotros —dijo Brock, con una última mirada al castillo—. Hemos dejado muchísimas huellas. No les costaría nada notar que tres niños han recorrido el edificio.

—Lo que quisiera saber es cómo entraron y volvieron a salir —insistió Peter, todavía preocupado—. Algo tiene que haber en esa habitación que explique tanto ir y venir...

Pero hasta muy entrada la noche, cuando ya estaba acostado, no se le ocurrió a Peter algo muy importante. ¿Cómo no había caído antes en ello? Se incorporó y llamó a Brock con tanta urgencia, que el primo despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿Se ven más luces en el castillo?

—No —contestó Peter—, pero creo que ya sé cómo los hombres entraron y salieron...

—¿De veras?

—Escucha, Brock. Tú sabes que, en tiempos antiguos, las chimeneas de los salones servían para esconder pasadizos o cámaras secretas —susurró Peter—. Pues bien; en mi opinión, tiene que haber un camino para llegar a esa habitación, ¡y esos hombres lo usaron!

—¡Caracoles! —exclamó Brock, ya totalmente despierto—. No se me había ocurrido tal cosa, pero quizá tengas razón y exista un acceso secreto por la chimenea...

—¡Mañana mismo volveremos al castillo y examinaremos esa posibilidad! —dijo Peter—. ¡Aunque meternos en la chimenea signifique salir negros como deshollinadores! ¡Vaya aventura la que nos aguarda!

Por la mañana, los dos muchachos explicaron su plan a la niña, y los ojos de ésta centellearon.

—¡Cielos! —exclamó Pamela—. ¿Creéis en serio que puede existir una entrada a través de esa chimenea? ¡Es realmente enorme, desde luego! Yo metí la nariz y vi que en ella podrían caber con facilidad dos o tres hombres.

Pero, para gran decepción de los niños, aquel día no pudieron subir al castillo, porque la madre de Brock había proyectado una excursión. La buena señora quedó un poco sorprendida al ver que a los niños no les hacía mucha gracia el plan.

—Bien... —dijo—. Creo que sois un poco desagradecidos. ¡Yo esperaba que tuvieseis una gran sorpresa!

A Pamela le daba pena desilusionar a su tía, por lo que se acercó a ella y le estrechó el brazo.

—¡Claro que nos gusta ir! —declaró—. Teníamos otra idea para hoy, pero eso puede quedar para mañana, ¿verdad, chicos?

—¡Oh, claro que sí! —Respondieron Brock y Peter, aunque no sin cierta contrariedad.

—Me figuro que no será nada importante y que puede esperar, ¿no? —concluyó la madre de Brock.

En consecuencia, todos salieron de excursión y realmente lo pasaron bien, aunque los niños no dejaban de pensar en el misterio que tanto ansiaban desvelar.

Al día siguiente emprendieron de nuevo la marcha al castillo. Ahora conocían de sobra el camino y tomaron algunos atajos que les permitieron llegar pronto al pie de la colina. Al levantar la vista hacia el gran caserón tuvieron la impresión de que les miraba ceñudo.

—¡Ya puedes ponerte todo lo ceñudo que quieras! —dijo Brock con una risita—. ¡Algún día descubriremos tu secreto!

Y se encaminaron a la portezuela escondida tras la maleza, por la que pronto penetraron, sin hacer ruido, en la vasta cocina. Brock encendió su linterna en busca de nuevas huellas. Pero no vio ninguna. En el vestíbulo y escaleras arriba había las mismas pisadas de la vez anterior. Nada indicaba que hubiese vuelto a entrar alguien.

—No han venido más —dijo Brock—. Vayamos ahora a aquella habitación donde las huellas conducen a la chimenea.

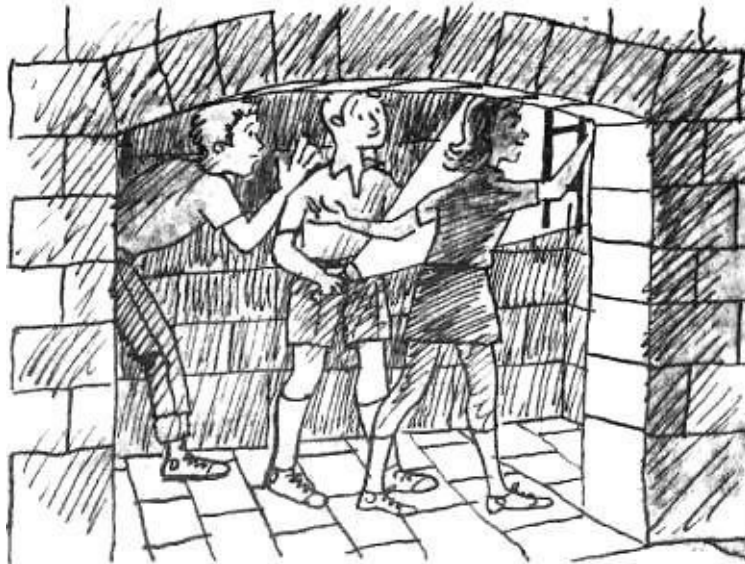
Así lo hicieron, siguiendo las marcas hasta la gran boca del hogar. Era toda de piedra, y los niños cabían fácilmente de pie en su interior.

—La registraremos bien por dentro, para ver si de esta chimenea parte un camino —continuó Brock, comenzando a examinar la obra de sillería de las paredes.

—¡Mira! —exclamó Pamela, a la vez que señalaba algo que ascendía por un lado de la chimenea de piedra—. ¡Una escalerilla de hierro!

Los tres la contemplaron con asombro. En el centro de cada travesaño había desaparecido parte de la herrumbre que cubría el resto.

—¡Por aquí bajaron y subieron los hombres! —gritó Brock—. ¡Subamos también nosotros! ¡Ahora sí que tenemos la pista!



CAPITULO VII. UN PASADIZO MISTERIOSO

Brock fue el primero en subir por la escalerilla. Le seguía Peter, y en último lugar iba Pamela. Pero no llegaron muy arriba.

—¡Aquí termina! —anunció Brock—. Sin embargo, hay un reborde ancho. Te ayudo a subir, Peter.

Tiró de la mano del primo, y luego, los dos chicos alzaron a Pamela. La plataforma de piedra era suficientemente ancha para albergar cómodamente a los tres.

—Esto parece estar a media altura de la chimenea, justo antes de que empiece a estrecharse —señaló Brock dirigiendo su linterna hacia arriba, para demostrar a sus primos como el cañón de la chimenea se hacía súbitamente angosto a poca distancia de sus cabezas—. Aunque la escalerilla continuase, no habríamos podido llegar mucho más arriba.

—¿Y qué supones que hicieron los hombres? —preguntó Pamela, extrañada—. No creo que, llegados a este reborde, volvieran a bajar.

—¡Claro que no! —dijo Brock—. Aquí es donde tenemos que emplear el cerebro. En esta especie de plataforma ha de estar la clave del pasadizo secreto utilizado por esos tipos. ¡Hemos de dar con ella!

—¿La clave de qué? —inquirió Pamela, mirando alrededor de ella e iluminando con su linterna.

—¡En realidad, no sabemos qué buscamos! —contestó Brock, impaciente—. Puede que aparezca una palanca, o una especie de manija, o una piedra que se mueva al empujarla... Hemos de examinar a fondo este lugar.

Lo intentaron todo. Inútilmente buscaron algún hierro saliente que pudiera servir de palanca para mover una piedra. No había nada. Trataron de empujar todas las piedras a las que llegaban, pero parecían tremendamente sólidas. Las golpearon con los nudillos, para comprobar si alguna sonaba más hueca que las demás, pero lo único que consiguieron fue herirse las manos.

Aquello era decepcionante. Al cabo de unos veinte minutos, los niños se miraron sin saber qué hacer.

—Temo que tengamos que darnos por vencidos —dijo Peter al fin—. No creo que aquí encontremos nada que indique la existencia de un pasadizo.

—¡Sólo nos queda un sitio por mirar! —exclamó entonces Pamela.

Los chicos la miraron con asombro.

—¡Pero si lo hemos repasado todo! —protestó Brock—. ¡Lo sabes de sobra!

—¡No! —insistió la niña—. ¡No hemos examinado las piedras sobre las que estamos! Alrededor de nosotros y encima no hay nada, pero... ¿y debajo de nuestros pies?

—¡Pam tiene razón! —exclamó Brock—. ¡Bravo, Pam! A veces tienes unas ideas inmejorables.

Pamela se sintió satisfecha. ¡Ojalá no se equivocara!

Los tres se arrodillaron para examinar las piedras del suelo, y no pasaron muchos minutos antes de que Peter diera un grito que hizo saltar a los otros dos.

—¡Mirad! ¿Qué hay en esta piedra?

Todos iluminaron aquel punto con sus linternas. Muy hundida en un hueco de la piedra, aparecía un asa de hierro. Y en la piedra había sido grabada una flecha bastante tosca, que señalaba hacia el hueco de la chimenea.

—¡Es esto! —exclamó Peter—. ¿Qué hacemos, Brock? ¿Tirar del asa?

—¡Espera! —recomendó Brock—. Esta flecha significa algo. ¿Veis hacia dónde apunta? Creo que debemos tirar en ese sentido. Apártate de la piedra, Pam. Peter y yo veremos qué se puede hacer.

A los tres les latía el corazón con violencia. Después del fracaso anterior les parecía imposible haber dado con algo que les descubriera el pasadizo que, sin duda, tenía que existir.

Pamela apartó el pie de la piedra y observó extasiada cómo los chicos agarraban el asa de hierro y la movían en la dirección indicada por la flecha. De momento no ocurrió nada, pero de pronto comenzó a suceder algo muy raro ante sus propios ojos.

Cuando Peter y Brock tiraron del asa, toda la piedra en que estaba colocada empezó a moverse suavemente hacia fuera, como si tuviera rodillos. Avanzó en dirección al hueco de la chimenea y, cuando ya parecía que fuese a caer por él, se detuvo. Donde había estado la piedra quedaba un agujero negro que, sin duda, conducía abajo.

—¡Diantre! —susurró Brock, iluminando aquello con su linterna—. Muy curioso, en efecto... ¡Aquí tenemos el pasadizo secreto! Pero... ¿cómo descender? No veo escalera ninguna.

—¡Espera! ¡Sí que hay algo! —dijo Peter—. Un poco más abajo, enrollado a un hierro... ¡Es una soga!

Brock se inclinó y tiró de ello. No era una soga, sino una escala de cuerda. Comprobó que estaba bien sujeta al gancho de hierro. El resto se hundía en la

oscuridad. El chico la soltó, y la escala quedó balanceándose, prendida del gancho.

—¡Aquí tenemos nuestro camino! —dijo, iluminando al mismo tiempo a Pamela—. ¿Qué, te decides a probar suerte? Ya sé que no eres muy atrevida. Si lo prefieres, Peter puede llevarte afuera, para que esperes al sol mientras tu hermano y yo vemos adónde conduce esto. Puede resultar un poco peligroso, ¿sabes?

—¡No seas injusto, Brock! —protestó Pamela, indignada—. ¡Yo no soy una cobarde! ¿Me crees capaz de largarme justamente cuando las cosas se ponen interesantes de verdad? ¡Voy con vosotros, y basta!

—Muy bien —contestó Brock, con una risita—. Sabía que querías venir. Pero no te pongas nerviosa ni te preocupes demasiado. Yo iré primero. Tú alúmbrame, Peter.

El primo iluminó aquel extraño agujero, y Brock se deslizó por el borde hasta que sus pies encontraron apoyo en el primer travesaño de la escala de cuerda. Luego fue descendiendo con gran precaución. Al cabo de un poco gritó:

—¡La escala se ha acabado! Aquí hay suelo de piedra, y por un lado se abre un pasadizo. Bajad. Deja que Pam vaya delante, Peter, para que puedas echarle una mano...

Pamela bajó en segundo lugar, pues, y estaba tan excitada que apenas encontraba los travesaños de la escala con los pies. Le parecía que nunca iba a tocar fondo, hasta que por fin se vio junto a Brock sobre suelo firme. Peter descendió el último, y los tres alumbraron entonces con sus respectivas linternas el pasadizo que se abría a la izquierda del misterioso agujero.



—¡Esto sí que es un verdadero corredor secreto! —dijo Brock, muy excitado—. Más perfecto ya no se puede imaginar. ¡Realmente formidable!

—Veamos adónde conduce —susurró Peter—. Estoy tan nervioso, que mi mano apenas puede sostener la linterna.

Siguieron por el pasadizo de piedra, tortuoso y angosto. Era un lugar muy seco, más bien falto de aire, y, además, bajo de techo. En algunos momentos, los niños tenían que agachar la cabeza para no golpeársela.

El corredor descendía de manera bastante empinada, y a intervalos parecía retroceder hacia la derecha.

—Tiene que estar abierto en los propios muros del castillo —comentó Brock, admirado—. ¡Curiosa idea tuvo el que lo mandó hacer! Creo que... ¡Alto! ¿Qué es eso?

Un chorro de luz diurna caía sobre un lado del pasadizo. Procedía de una reja de hierro situada en la pared del mismo corredor.

—Una especie de respiradero, supongo —dijo Peter, y miró al exterior—. ¡Caramba! ¿Sabéis dónde estamos? En la parte oeste del castillo, allí donde la roca cae a pico... Me figuro que debe de haber un camino que atraviesa la montaña, y la

entrada estará en algún punto de la falda.

—Tienes razón —asintió Brock, que también había mirado por la ventanuca—. De ser así, pronto pasaremos del pasadizo de piedra a otro de tierra. ¡Y esperemos que no se haya hundido!

—Los hombres lo utilizaron, ¿no? —replicó Peter—. Tiene que ser transitable, pues. ¡Venid!

Tal como había predicho Brock, el corredor pronto dejó de tener las paredes de roca, que en adelante fueron de tierra, aunque reforzadas aquí y allá con madera y piedras. Descendía en zigzag, y en los puntos más inclinados había escalones. Desde luego, no era un camino fácil.

—Debemos de estar ya cerca del fondo —jadeó Brock—. Mis piernas apenas me llevan.

Sin embargo, el camino aún continuó un poco, hasta desembocar de súbito en una cueva pequeña y baja de techo. Los niños se introdujeron en ella a rastras, y de allí pasaron a otra cueva más amplia. La entrada de ésta se hallaba tan escondida por matorrales de arándanos y arbustos de aulaga, que desde fuera tenía que resultar imposible de ver.

Brock, Peter y Pamela se abrieron paso lo mejor que pudieron, aunque no sin rasgarse la ropa y arañarse las piernas.

—Aquí podéis ver por dónde entraron y salieron los hombres —dijo Brock—. ¡Observad estas ramas de zarzas rotas!

Los niños examinaron el terreno que les rodeaba. Ahora estaban al pie de la cara escarpada de la colina, hasta donde sólo muy pocas personas llegaban. Era prácticamente imposible ver la cueva desde donde ellos se encontraban, pese a distar sólo unos pasos.

—¿Quién hubiese dicho que existe un pasadizo secreto que conduce desde aquí hasta el mismo corazón del castillo? —comentó Brock, pensativo—. ¡Qué cosa más emocionante, caramba!

—¿No crees que debiéramos retroceder y colocar aquella piedra en su sitio? —preguntó Peter, de pronto—. Si los hombres vuelven, cosa muy probable, se darán cuenta de que la piedra ha sido movida y sospecharán que alguien les ha seguido la pista.

Brock echó una mirada a su reloj.

—No tenemos tiempo —dijo, preocupado—. ¡Mi madre estará furiosa con nosotros! ¡Hace ya media hora que debíamos estar comiendo!

—Pero, Brock... ¡Imagínate que esos hombres ven que la piedra fue movida! —insistió Peter, preocupado.

—Volveremos en otro momento a colocarla en su sitio —dijo Brock—. Quizá no suban al castillo durante algún tiempo. No vienen cada noche. Y ahora, ¡larguémonos a toda prisa!

Corrieron sin descanso hasta su casa, pero eso no les evitó una severa reprimenda

por parte de la madre de Brock.



CAPITULO VIII. LA AVENTURA DE BROCK

Aquella tarde, los niños se refugiaron en la casita del jardín y no cesaron de hablar sobre sus descubrimientos en el castillo. No se cansaban de recordar lo pasado en el extraño corredor secreto, y a medida que comentaban el largo descenso por el camino abierto en los muros del castillo hasta el pie del risco, su emoción iba en aumento.

Peter, sin embargo, seguía sintiéndose inquieto por lo de la piedra de la chimenea. Insistía en que los hombres podían volver y darse cuenta.

—En tal caso, son capaces de ponernos una trampa para hacernos caer —dijo—. Mientras ignoren que descubrimos su secreto, estaremos seguros. Yo preferiría haberla dejado en su sitio.

—Quizá tengas razón —admitió Brock al fin—. Yo mismo me escaparé esta tarde, después de la merienda, y la pondré bien. Ahora que conozco todos los atajos, no me llevará mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo Peter.

Mas eso no iba a poder ser, porque la madre de Brock encargó a su hijo que condujese el cochecito hasta la granja, para recoger una jaula llena de pollitos.

—¡Ay, mamá! —protestó Brock, fastidiado—. ¿No puedo ir mañana? Esta tarde tenía un plan...

—Lo siento, pero tiene que ser hoy. Deja para mañana tu plan —replicó la madre—. Quedé con el granjero en que iríamos esta misma tarde a por los pollos, y los tendrá preparados. Lleva contigo a Peter y Pam. Es un paseo bonito.

En consecuencia, a Brock no le quedó más remedio que salir con sus primos en el cochecito tirado por el poni.

—¡Ahora que había decidido subir al castillo para arreglar lo de la piedra! —gruñó—. Me molesta mucho cambiar de planes. Además, estoy convencido de que tienes razón, Peter.

—Sí, el asunto es peligroso —asintió Peter—. ¡Sería mala pata que esos hombres fuesen esta noche!

—¡Ya sé qué haré! —exclamó Brock de pronto—. ¡Ir en cuanto nos hayamos acostado! Ya será casi oscuro, entonces, pero la luna saldrá hoy bastante temprano, y no me costará encontrar el camino de regreso.

—¡Por Dios, Brock! No pretenderás subir solo al castillo, de noche... —exclamó Pamela, horrorizada.

Si de día había pasado tanto nerviosismo, sería totalmente incapaz de ir a un lugar tan tétrico en plena noche.

—¿Por qué no? —respondió Brock, con una risa—. No creerás que tengo miedo, ¿verdad? ¡Hace falta algo más que un Cliff Castle para asustarme a mí!

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Peter.

No le apetecía en absoluto la excursión, pero consideró que debía ofrecerse.

—No, gracias —contestó Brock—. En mi opinión, es mejor que vaya uno solo.

Toda la familia de Brock solía acostarse temprano, de modo que, a eso de las diez y media, el chico se levantó con cautela y empezó a vestirse. El crepúsculo todavía iluminaba los campos, pero pronto daría paso a la oscuridad, y entonces saldría la luna.

—¡Buena suerte, Brock! —murmuró Peter—. ¿Crees que tus padres duermen?

—No lo sé —contestó el primo—. Pero no pienso arriesgarme a bajar la escalera y abrir una de las puertas. ¡Sin duda alguna, crujirían!

—¿Cómo piensas bajar, entonces? —inquirió Peter, lleno de curiosidad.

—¡Por mi manzano! —susurró Brock, y Peter vio centellear sus dientes en una sonrisa.

El muchacho se dirigió a la ventana y sacó una pierna. En seguida se sujetó a una gruesa rama y, con gran rapidez, descendió por ella hasta el tronco. Se deslizó luego por éste, y Peter percibió el golpecillo sordo de sus pies contra el suelo. A continuación vio como la sombra de Brock atravesaba el jardín y salía a la carretera.

«¡Espero que no tarde demasiado! —pensó Peter, en cuanto volvió a enroscarse en su cama—. Quiero mantenerme despierto hasta que vuelva. Entonces subiré a despertar a Pam, y ella vendrá a escuchar lo que Brock tenga que contar».

Pero Peter no logró mantenerse despierto. Cuando el reloj de la planta baja dio las once y media, estaba dormido como un tronco. Brock, en cambio, corría como una liebre por los campos. No se cruzó con nadie, ya que la gente del campo no estaba fuera de casa a aquellas horas. Sólo unas ovejas que pacían levantaron sus cabezas para mirarle, y un conejillo asustado se apartó de un salto del atajo.

Brock observó el lento ascenso de la luna. Iluminaba el castillo que coronaba la colina y le daba un aspecto plateado e irreal.

«Parece salido de una leyenda antigua —se dijo el muchacho—. ¡Será interesante penetrar en él de noche!».

No tenía miedo. Disfrutaba con semejante aventura y, además, estaba contento de

verse solo, sin tener que ocuparse de nadie más. Corrió hacia la portezuela situada en la planta baja del castillo, tiró de ella y la abrió.

Una vez dentro, aguardó unos instantes en la oscuridad de la amplia cocina, para cerciorarse de que no había nadie. Pero todo permanecía quieto y silencioso. Brock encendió su linterna y pasó al vestíbulo, para ver si había nuevas huellas. No halló nada. Los hombres no habían vuelto, pues, pero... al fin y al cabo, no habían pasado muchas horas desde que ellos mismos abandonaran el castillo, de modo que nadie habría tenido mucho tiempo de acudir.

El muchacho avanzó hasta la sala desde cuya chimenea arrancaba la escalerilla de hierro. Trepó por ella y llegó a la plataforma. La piedra que descubría el pasadizo secreto estaba todavía fuera de su sitio, asomando sobre el agujero de la chimenea. Brock se preguntó cómo volvería a colocarla debidamente.

«Supongo que debo tirar del asa de hierro en sentido opuesto», pensó.

La agarró y... ¡por poco cae pasadizo abajo, del susto! Había oído voces.

«¡Cielos! —se dijo, sentado en silencio sobre la plataforma—. Alguien se acerca... Dos personas, por lo menos... Pero ¿de dónde proceden sus voces?».

Brock no lograba distinguir palabra alguna. Sólo percibía un murmullo de voces en conversación. Era evidente que subía del pasadizo y se hacía más intenso.

«¡Dios mío, alguien se acerca por el corredor secreto! —pensó el chico, ahora realmente asustado—. Tienen que ser esos hombres. ¡Debo devolver la piedra a su sitio con toda rapidez!».

Con las voces llegaron otros sonidos semejantes al choque de algo contra la pared. Brock tuvo la certeza de que nuevamente entraban algo en el castillo. Sujetó con fuerza el asa de hierro hundida en la piedra, y tiró de ella. Al principio no consiguió nada, pero luego, poco a poco, la piedra cedió a los tirones de Brock y rodó hasta asentarse en su sitio.

Produjo un ligero roce con el movimiento, y el chico confió en que los hombres hablasen en voz suficientemente alta para ahogar ese ruido. Descendió con rapidez por la escalerilla de hierro y corrió a la cocina, con intención de escapar por la pequeña puerta.

Pero entonces se detuvo.

«No —se dijo—. Es una ocasión única para averiguar lo que hacen esos individuos. Me esconderé en alguna parte, para escuchar y luego seguirles. ¡Qué aventura, caramba!».

Se metió detrás de un voluminoso armario que había en el vestíbulo, y esperó. Al cabo de un rato oyó ruido en la habitación por la que había pasado. Los hombres bajaban por la escalera existente en el interior de la chimenea y arrastraban algo pesado.

En esto, Brock oyó claramente el sonido de sus voces, que producía un eco escalofriante en el silencioso castillo.

—¡Tendrían que pagarnos el doble por subir todo esto por un camino tan difícil!

—gruñó una voz—. Yo preferiría correr el riesgo de entrar por la puerta principal, pero Galli no quiere ni oír hablar de ello. ¡Adelante! Ya sabes que hemos de llevar los bultos a la torre. Después nos largaremos pitando. ¡No me hace maldita la gracia esa luna que nos ilumina de esa manera cuando andamos por fuera!

Desde su escondrijo, Brock vio a dos hombres, cada cual con una caja grande a hombros. Avanzaban medio encorvados por el esfuerzo, y el muchacho quedó pasmado de que hubiesen podido cargar con aquello por todo el empinado pasadizo, la escala de cuerda arriba y luego escalerillas de hierro abajo.

«Deben de ser muy forzudos», pensó. Y lo eran. Tenían unos hombros anchísimos, y cuando les dio de lleno un rayo de luna, Brock vio que parecían extranjeros. Ya había tenido la impresión, poco antes, de que sus voces sonaban de forma especial. Los dos eran muy morenos y tenían el cabello negro, y uno de ellos llevaba aretes de oro en las orejas.

Entraron en el vestíbulo con las cajas a cuestas y a continuación subieron por la escalera ancha. Dejaron los bultos en el suelo para descansar, una vez arriba, y Brock volvió a escuchar murmullo de voces. Con cuidado salió de su rincón y se acercó al pie de la escalera, siguiendo a los hombres en silencio hasta que éstos penetraron en la pieza de la que partía la escalerita de caracol que conducía al cuarto de la torre. Uno de los hombres abrió la puerta, y Brock oyó como dejaban su carga y respiraban con alivio.

—No me iría mal beber un poco —dijo una voz oscura—. ¿Hay un pozo en la cocina, o podemos encontrar agua en alguna otra parte?

—Lo miraremos —dijo el compañero.

Cerraron de nuevo la puerta y descendieron por la angosta escalera de piedra. Brock se fijó en que habían dejado la llave en la puerta, y sus ojos centellearon. Quizá pudiese subir de una corrida y apoderarse de ella antes de que los hombres se dieran cuenta de su olvido y... ¡entonces, él y sus compañeros tendrían forma de averiguar lo que contenían las cajas!

Escapó antes que descendieran aquellos tipos y buscó refugio en una de las habitaciones próximas. Había muebles en ella, y el chico trató de envolverse en unas cortinas. Pero la tela estaba podrida y se deshizo al tocarla. Un polvillo gris y fino llenó la estancia, y, sin poder evitarlo, Brock estornudó.



CAPITULO IX. BROCK, EN APUROS

Cuando Brock estornudaba, todo el mundo había de enterarse, ya que lo hacía a fondo. En medio del silencio del castillo, su estornudo causó un ruido tremendo. Resonó su eco por todas partes, y el pobre Brock quedó tan espantado como los dos hombres.

—¡Aquí hay alguien! —exclamó uno de ellos—. ¡En aquella habitación! ¡Pronto, hay que atraparlo!

Entraron como flechas en la pieza donde Brock había intentado esconderse. Por suerte, pasaron de largo ante él, y el chico salió disparado para esquivar sus brazos extendidos en la oscuridad. Se lanzó escaleras abajo, sin importarle el estruendo que hacían sus botas contra los peldaños.

Los hombres corrían tras él. Brock bajaba y bajaba, intentando alcanzar la portezuela de la cocina. Pero en cuanto estuvo allí, era tanta la negrura que le envolvía, que no pudo ver por dónde iba y tropezó con un taburete. Cayó al suelo y comprendió que no le daba tiempo de llegar a la salida. Lo que hizo fue meterse debajo de una maciza banqueta de roble que había junto al hogar y permanecer allí, casi sin atreverse a respirar.

Los hombres encendieron sus linternas, y uno de ellos lanzó una exclamación.

—¡Mira! —dijo—. ¡Aquí hay una puerta pequeña, y está entornada!

—¡Por ella entró el chico! —agregó el otro—. No ha podido tener tiempo de escapar, de manera que está en esta pieza. Lo primero que conviene hacer es cerrar esa puerta. Entonces, nuestro amiguito no tendrá una huida tan fácil como había imaginado.

El pobre Brock oyó como cerraban la puerta con llave. Tuvo la certeza de que el hombre se había guardado la llave en el bolsillo. No sabía qué hacer. Se preguntó si aquellos tipos conocían las escalerillas de servicio. Si lograba subir, tal vez pudiese hallar la habitación a una de cuyas ventanas tocaba el árbol... De ser así, estaría fuera en un santiamén y los hombres serían incapaces de darle alcance.

—Cerremos ahora la otra puerta de la cocina y registrémoslo todo —propuso uno de los tipos—. Tiene que estar aquí.

Era la ocasión que Brock esperaba. La puerta grande de la cocina se hallaba en el otro extremo. Por consiguiente, se enderezó con cautela y salió disparado como una flecha hacia la pequeña escalera posterior, que le quedaba bastante cerca. Los hombres gritaron al oírle, haciendo girar en seguida sus linternas.

—¡Aquí hay una escalera! —dijo uno—. Y el chico ha subido por ella. ¡Corramos detrás de él!

Y los dos se arrojaron en persecución de Brock.

«¡Si pudiera recordar a qué habitación daba el árbol! —Pensaba Brock, desesperado—. Tampoco la supimos encontrar la última vez... ¡Hay tantas piezas en este dichoso castillo, y todas son iguales!».

Corrió hasta llegar a una sala, en la que se introdujo. Lo primero que hizo fue quitarse las botas, ya que el ruido que hacían le delataba de continuo.

Los dos individuos pasaron por la pieza con el foco de las linternas hacia delante. Brock corrió a la ventana. Por desgracia, no era la que él necesitaba. Esta resultaba demasiado estrecha para saltar por ella.

Ahora, el chico se acercó a la puerta y miró con cuidado. Los hombres habían llegado al otro extremo del rellano de piedra y, al regresar, examinaban cada habitación. Brock se dirigió al cuarto siguiente. Pero tuvo otra decepción. Tampoco estaba allí la ventana del árbol. Corrió a una tercera pieza con el corazón latiéndole violentamente, mas tuvo la misma mala suerte que hasta entonces.

Ya no se atrevió a buscar otra habitación. Sólo le quedaba la posibilidad de volver a la escalera posterior y bajarla confiando en poder esconderse de tal forma que no le encontrarán. Pero cuando echó a correr hacia la escalera, los hombres le descubrieron a la luz de un rayo de luna y se lanzaron en pos de él. Brock estuvo a punto de caer rodando y cruzó la cocina en dirección al vestíbulo. Desde allí se precipitó a una de las espaciosas habitaciones amuebladas, con intención de ocultarse detrás de algún mueble grande.



Los hombres le vieron y no perdieron tiempo en seguirle a la habitación, y momentos después le sacaban de detrás de un polvoriento sofá que despedía tan profundo olor a moho, que el chico sentía casi náuseas.

—¡Al fin te atrapamos, mocoso! —bramó el tipo, a la vez que iluminaba la cara de Brock con su linterna—. ¿Qué diablos haces aquí, espiándonos? Resultas peligroso, ¿sabes? Ahora que has descubierto nuestro secreto, no podemos dejarte marchar, y no nos arriesgaremos a que lo cuentes antes de que hayamos terminado nuestro trabajo y estemos a salvo.

Brock no contestó, pero su rostro redondo y rojo tenía una expresión huraña. Los hombres se miraron entre sí.

—¿Qué hacemos con él? —gruñó uno de ellos—. ¡Es sólo un chiquillo! Vale más que le encerremos en alguna parte y avisemos a Galli. Entonces él podrá ponerle a buen recaudo hasta que no haya peligro. ¡Lo siento, muchacho, porque no lo pasarás bien en manos de Galli! No esperes que sea amable con un crío que anda espiando sus pasos.

Brock seguía sin hablar.

Uno de los tipos le dio un meneo.

—Ha perdido la lengua —dijo el otro—. Ven, encerrémosle en el cuarto de la torre, con las cajas. Allí estará seguro.

Así, pues, Brock se vio arrastrado escaleras arriba y empujado entre las voluminosas cajas. Los hombres cerraron la puerta al salir, y el chico oyó como bajaban. Estaba convencido de que ahora utilizarían la portezuela posterior, en vez del incómodo pasadizo secreto. Y la cerrarían bien tras de sí, de manera que Peter y Pamela no podrían entrar en el castillo, si acudían en su busca.

«¡En qué lío me he metido! —Pensaba Brock, mientras contemplaba las cajas—. Quisiera saber qué contienen estos bultos...».

Enfocó una de las cajas con la linterna, pero pronto comprobó que estaban bien cerradas y claveteadas, que sería preciso disponer de herramientas muy poderosas para abrirlas. De nada le servirían sus manos y la navaja.

Cansado, se arrimó a la ventana y contempló los campos con gesto ceñudo. Por aquella especie de aspillera penetraba un rayo de luna. A lo lejos, Brock logró distinguir su propia casa.

Al mirarla, vio que se movía una luz en una de las ventanas. Trató de calcular cuál era, y pronto llegó a la conclusión de que pertenecía a su dormitorio. Eso significaba que Peter estaba despierto, y... ¡la luz vista tenía que ser la de su linterna!

Brock tomó de inmediato la suya y la sacó cuanto pudo por la aspillera, pulsando repetidas veces el botón, para que la luz se encendiera y apagara, se encendiera y apagara...

«Si Peter lo ve, supondrá que soy yo —se dijo el niño—. ¡Quiera Dios que me vea! No quisiera pasar días enteros aquí encerrado».



CAPITULO X. PETER Y PAMELA ACUDEN EN SU AYUDA

Peter durmió profundamente hasta la una y media de la madrugada. Entonces despertó de golpe, recordando que Brock había subido al castillo, y se incorporó en la cama para ver si su primo había regresado.

Se dio cuenta de que el lecho de Brock estaba vacío, y en seguida encendió su linterna para consultar el reloj de pulsera.

¡La una y media! ¿Qué haría Brock tan tarde?

Permanecía pensativo cuando oyó un ruido en la puerta, y se llevó un susto tremendo al ver entrar una figura blanca.

Era Pamela en camisón.

—¡Peter! ¿Ha vuelto Brock? —susurró—. Dijiste que vendrías a despertarme cuando llegara, pero ya es terriblemente tarde...

Peter enfocó la cama del primo con la linterna. Pamela se alarmó.

—¡Oye! ¿Dónde estará?

Se acercó a la ventana y miró hacia la oscura mole del castillo. La luna se había escondido por unos instantes, lo que le daba un aspecto aún más siniestro y misterioso. De súbito vio una luz que parpadeaba en lo alto de la torre derecha.

—¡Qué extraño! —le dijo a Peter—. ¡Fíjate! Se enciende y se apaga de forma continua. ¡Como si fuera una señal! Y no puede ser cosa de los hombres, ya que a ellos no les conviene llamar la atención. ¿Quién más puede querer enviar un mensaje?

Su hermano se colocó junto a ella, y en cuanto distinguió aquella luz intermitente, se imaginó que era Brock.

—¡Tiene que tratarse de Brock! —exclamó—. ¡Es él, sin duda! ¿Qué hará en el cuarto de la torre? Porque... estaba cerrada, ¿no? ¡Habría logrado entrar, y ahora quiere que vayamos a ver el tesoro que esas cajas contienen!

—¿No habrá sido capturado? —dijo Pamela, despacio—. Cabe dentro de lo posible, ¿no? ¡Quizás esté encerrado en la torre!

—Debemos acudir sin demora —decidió Peter, al mismo tiempo que empezaba a vestirse—. No diremos nada a tía Ketty ni al tío, por si acaso Brock desea que veamos el tesoro con él, antes de que los demás se enteren. ¡De no ser preciso, no descubriremos el secreto! ¡Corre, vístete tú también!

Los dos niños no tardaron en deslizarse manzano abajo y echar a correr, jadeantes, en dirección al castillo.

Llegaron sin novedad y se encaminaron a la portezuela que daba a la cocina. Peter tiró de ella, en espera de que cediese. Pero no sucedió así. La pequeña puerta estaba firmemente cerrada.

—¡No se abre! —susurró, mirando a Pamela—. Ayúdame a dar otro tirón.

De nada les sirvió. La portezuela de madera no cedía.

—Brock no la habría cerrado. De eso estoy seguro —murmuró Peter—. Tuvo que hacerlo otra persona. Empiezo a creer que Brock está prisionero dentro.

Pamela se sintió desfallecer. La cosa se ponía fea, y tenía miedo de que también pudieran apresarla a ella. Sin embargo, era indiscutible que había que rescatar a Brock de una forma u otra. No era momento para dejarse dominar por los temores.

—¿Cómo podremos entrar, pues? —susurró—. ¿Otra vez por aquel árbol? Pero no creo que logremos trepar hasta la ventana, de noche...

—Hemos de intentarlo —contestó el hermano—. Parece que la luna se va a esconder durante unos minutos. ¡Subamos mientras todavía brilla! Yo te ayudaré. ¿O prefieres esperar abajo, mientras yo subo al castillo?

—¡No! Voy contigo —contestó la niña valientemente.

Por consiguiente, los dos se abrieron paso hasta el árbol, y Peter trepó en primer lugar.

Pamela quiso seguirle, pero sus piernas temblaban de tal modo, que no pudo.

—Tendré que permanecer aquí abajo —murmuró—. Podría caer si intentara subir, Peter. ¿No es para desesperarse?

—¡Tranquila, Pam! —respondió el hermano—. Tú te quedas aquí abajo y me avisas en el caso de que alguien se acerque. Yo entraré y trataré de rescatar a Brock.

Pamela no logró ver a Peter trepar por el árbol, ya que todo en él eran negras sombras, moteadas aquí y allá por la luz de la luna. Oyó unos crujidos, sin embargo, y por la súbita sacudida del árbol supo cuándo su hermano alcanzaba la rama que conducía a la ventana.

Para el muchacho no era tan fácil subir en la oscuridad como lo fuera la vez anterior, en pleno día, pero consiguió deslizarse hasta la estrecha ventana y entrar por ella. Bajó al suelo de un salto. Sus botas hacían ruido, de manera que se descalzó. Luego corrió de puntillas a la puerta. Cuando estaba a punto de salir, recordó cuánto les había costado encontrar de nuevo aquella pieza, de modo que tomó una de sus botas y dibujó con ella una gran cruz en el polvo que cubría el suelo. Así sólo

necesitaría meter la cabeza por la puerta para saber si se trataba de la habitación acertada.

«¡Me siento muy listo!», se dijo Peter.

Corrió a la escalera de servicio y la bajó en un vuelo. En ese momento la luna estaba muy alta en el cielo y penetraba por cada una de aquellas ventanucas semejantes a aspilleras, por lo que el muchacho lo veía todo bastante bien, pese a que las sombras eran de una negrura absoluta.

Peter cruzó la cocina y se halló en el vestíbulo. Subió entonces la amplia escalera que ascendía por el lado contrario, hasta detenerse en el primer rellano. Allí permaneció unos instantes entre las sombras, a la escucha... ¿Habría alguien cerca? Porque si Brock había sido capturado, eso tenía que ser obra de alguien, y resultaba muy probable que esa persona, o personas, estuviesen aún en el castillo... Era una idea estremecedora, y un escalofrío recorrió la espalda del muchacho.

«¡No puedo permitirme tener miedo! —se dijo a sí mismo—. ¡He venido a rescatar a Brock, y nada me espantará!».

Hubiera querido silbar un poco, para animarse, pero no se atrevió. Cualquier ruidito que hiciera producía unos ecos terribles, y sus sustos eran continuos.

Llegó al piso desde donde arrancaba la escalera de caracol que conducía al cuarto de la torre y, una vez al pie de los peldaños, el corazón comenzó a latirle con tal violencia que, de haber alguien cerca, temía que lo oyera. Entonces percibió algo de ruido arriba, y quedó inmóvil. ¿Estaría Brock en aquel cuarto? ¿O quizá no? ¿Y si fuese uno de los hombres, dispuesto a atraparlo también a él? Peter no sabía qué hacer.

Subió la escalera de puntillas, y se vio ante la puerta cerrada. Sintió la tentación de abrirla de un empujón, pero aún no sabía si dentro estaba Brock o, tal vez, un enemigo...

Más pronto lo supo.

Porque del interior salió un suspiro y luego un crujido, como si alguien se hubiera sentado encima de una caja.

—¡Que mala suerte! —dijo una voz preocupada—. Ya no me sirve la linterna. La pila se ha gastado. No podré emitir más señales.

Era la voz de Brock. Loco de alegría, Peter golpeó la puerta, con lo que causó un tremendo sobresalto al prisionero, ya que, naturalmente, no podía figurarse que Peter estuviese tan cerca. Por poco se cae de la caja.

—¡Brock! —Le llegó la voz de su primo—. Estoy aquí. ¿Qué ocurrió?

Peter intentó empujar la puerta, pero estaba bien cerrada con llave y no se abrió. La voz de Brock sonó muy excitada detrás de la gruesa plancha de madera:

—¡Peter! ¡Bendito seas, viejo! ¿Está la llave en la cerradura?

—No —contestó el primo, a la vez que encendía su linterna—. ¡Vaya broma! Yo no puedo entrar y tú no puedes salir.

Brock le explicó brevemente cómo había sido apresado.

—¡Y ahora me veo sentado encima de una caja que puede contener la mitad de las joyas de la Corona! —suspiró—. Pero aquí estoy, prisionero, y probablemente no podré salir hasta que cierto tipo llamado Galli, del que hablaban esos hombres, venga al castillo y decida qué hace conmigo.

—Correré a casa en busca de tu padre, para que suba con la policía —dijo Peter, nervioso—. No creo que esos maleantes vuelvan esta noche.

—¿Dónde está Pam? —preguntó Brock—. ¡Espero que duerma a pierna suelta en su cama!

—¡Qué va! Abajo la tienes, aguardando fuera —contestó Peter—. No pudo trepar por el árbol, en la oscuridad. Dijo que montaría guardia, por si se acercaba alguien.

—¡Escucha, tengo una idea! —exclamó Brock de pronto—. Cabe la posibilidad de que las demás torres tengan en su interior unos cuartitos como éste, con una puerta igual. Y tal vez todas las cerraduras y llaves sean idénticas. ¿Crees que puedes llegar hasta la otra torre de este lado, para ver si la llave está puesta en la puerta? Si la encuentras, tráela para probarla aquí. ¡Quizá sirva!

—¡Una idea formidable! —contestó Peter, y corrió escaleras abajo y a lo largo del extenso rellano, hasta su extremo. Igual que en la torre ya conocida, una escalerilla ascendía hasta una puerta.

«¡Hay una llave!», se dijo el niño, entusiasmado.

La quitó y regresó a donde estaba el primo. Introdujo la llave en la cerradura del cuarto de Brock y... ¡servía! La cerradura cedió, y la puerta quedó abierta.

—¡Oh, Peter, qué suerte! —jadeó Brock, estrechando con fuerza el brazo de su salvador—. ¡Gracias, chico! ¡Eres una joya! Ahora debemos bajar volando, para reunimos con Pam. Y, después, creo que hay que avisar a mi padre sin pérdida de tiempo. ¡Alguien tiene que subir y ver qué contienen estas cajas!

Los dos chicos se lanzaron escaleras abajo en calcetines. Estaban excitadísimos, y a Peter le temblaba la mano mientras sostenía la linterna para iluminar el camino. Poco faltaba para desvelar el misterio de Cliff Castle. El secreto se hallaba en aquellas cajas. El padre de Brock no tardaría en acudir a abrirlas. Entonces, quizá, aquellos dos tipos serían apresados, y todo se aclararía.

Pero cuando habían llegado al primer rellano, tuvieron un susto terrible. Un gran estrépito produjo ecos en todo el castillo, y los dos primos quedaron petrificados. ¿Qué podía ser aquel ruido?



CAPITULO XI. EL NERVIOSISMO VA EN AUMENTO

El estruendo se repitió, y... entonces, los chicos supieron qué lo causaba.

—¡Alguien golpea la puerta de entrada con el llamador! —susurró Peter.

—Pero... ¿quién puede ser, en plena noche? —contestó Brock.

—Pam, sin duda —dijo Peter, orgulloso—. Prometió vigilar. Probablemente ha visto acercarse a alguien, y nos avisa. ¡Qué idea tan maravillosa!

—¡Sí, es una chica estupenda! —asintió Brock, lleno de admiración—. Tendremos que echar una mirada. Bajemos a la cocina y veamos de salir por la portezuela. Quizá la llave esté puesta por dentro.

Siempre sin hacer ruido, descendieron hasta la planta baja. Pero de pronto quedaron yertos de horror. Porque en la cocina, también en tensa espera, había tres hombres. Brock ya conocía a dos de ellos.

Los tipos descubrieron a los niños y lanzaron un grito.

—¡Esta vez son dos! —señaló uno—. ¡A atraparlos!

Peter y Brock se precipitaron hacia el vestíbulo, y desde allí hacia la amplia sala donde estaba la chimenea que constituía la entrada del pasadizo secreto. Brock cerró la puerta de golpe y dio vuelta a la llave.

Los dos corrieron hacia el hogar y treparon a toda prisa por la escalerilla de hierro. Un tirón a la argolla de la piedra, y ésta se movió en silencio, dejando libre la oscura boca del corredor.

Un fuerte ruido en la puerta que habían cerrado hizo correr todavía más a los chicos. La puerta no tardaría en ceder, porque la cerradura no podía estar en muy buenas condiciones.

En efecto, oyeron como la puerta se abría. Los tres hombres entraron en la habitación y se detuvieron unos instantes.

—¡No es posible que esos críos conozcan el pasadizo secreto! —exclamó uno de ellos, temeroso.

—¡Pues sí que lo conocen! —dijo otro—. ¡Venid! Hemos de pescarles de una forma u otra, antes de que escapen y puedan avisar a la policía.

Sin pérdida de tiempo se introdujeron en la chimenea y comenzaron a subir por la escalerilla. En esos momentos, los dos primos ya estaban al pie de la escalera de cuerda, descendiendo lo más velozmente posible por el secreto pasadizo de piedra. Ambos jadeaban, y les parecía que sus corazones iban a estallar.

Al darse cuenta de que eran perseguidos, aceleraron todavía más el paso. Pronto estuvieron donde terminaba el pasadizo de piedra y empezaban las paredes de tierra.

—¡Date prisa, Brock, date prisa! —resolló Peter—. ¡Los tenemos casi encima!

Brock ya se apresuró cuanto pudo, pero pisar sobre el suelo resultaba doloroso, al llevar sólo calcetines. Por fin, los chicos alcanzaron la cueva pequeña y se abrieron paso por la segunda, más espinosa. En el momento en que sus perseguidores llegaban a la cueva pequeña, ellos dos lograban salir de la otra y se vieron al aire libre.

—¡A trepar a un árbol, rápido! —susurró Brock—. Es nuestra única posibilidad de salvación.

Peter se encaramó como pudo al árbol más próximo, con ayuda del primo. Tras él subió Brock, sumergiéndose entre las sombras, y los dos permanecieron echados sobre las ramas, mirando hacia abajo y sin atreverse apenas a respirar. A los hombres no se les ocurrió que los chicos hubiesen podido trepar tan de prisa a un árbol. Creyeron que estarían escondidos entre los arbustos, y se pusieron a buscarlos intensamente.

—Pronto se cansarán —murmuró Brock, y tenía razón.

Aquellos tipos abandonaron casi en seguida la batida, reuniéndose al pie del risco. El tercer hombre, llamado Galli, estaba furibundo.

—¡Parece mentira que os hayáis dejado vencer por un par de mocosos! —graznó—. Ahora sólo nos queda una solución: sacar el género del cuarto de la torre y esconderlo en otro sitio. ¡Adelante! Volved al castillo y bajad todos los bultos.

Los otros dos obedecieron. Se les oía gruñir malhumorados, pero resultaba evidente que tenían miedo de Galli, que era su jefe.

Todos ellos penetraron de nuevo en el pasadizo secreto. En cuanto Peter y Brock calcularon que ya no podían ser oídos, saltaron del árbol y se miraron a la luz de la luna.

—¡Volvamos a casa tan de prisa como podamos! —murmuró Peter—. Recogeremos a Pam, y... ¡abajo se ha dicho!

Pero Brock observó, aún jadeante, mientras corrían ladera arriba para encontrarse con Pamela delante de la fachada principal del castillo:

—Cuando tuviésemos aquí a papá y a la policía, esa gente ya estaría lejos.

La niña les vio llegar y asomó por debajo de un arbusto.

—¡Brock! ¡Peter! ¡Qué contenta estoy de volver a estar con vosotros! ¿Me oísteis llamar a la puerta? Vi subir a los tres hombres, que entraron por la portezuela pequeña que da a la cocina. No sabía cómo avisaros, y de pronto pensé en el

aldabón...

—¡Eres una chica maravillosa, Pam! —exclamó Brock, y rodeó los hombros de su prima con el brazo, estrechándola contra sí—. ¡Nadie hubiese tenido una idea tan brillante como tú! ¡Estoy sinceramente orgulloso de ti!

Peter y Brock explicaron en seguida a Pamela lo que les había sucedido. De pronto, Brock enmudeció. Los otros dos le miraron extrañados.

—¿Qué pasa, Brock? —inquirió Peter.

—Se me ha ocurrido algo, pero no sé si conviene o no —respondió el primo—. Escuchad... Esos tipos volverán al cuarto de la torre, ¿no? Pues bien: supongamos, supongamos, que nosotros pudiéramos subir también... y esperar a que ellos estuviesen dentro... ¡para dejarlos encerrados!

Los dos hermanos quedaron boquiabiertos. Parecía una idea absurda, pero... ¿y si fuera factible?

—Los maleantes no se imaginarán, de ningún modo, que nosotros seamos capaces de volver —dijo Peter despacio—. Por consiguiente, no nos buscarán. Creen, sin duda, que corrimos a avisar a la policía. Considero, pues, que tu idea es la única que puede conducir a una captura de esos hombres y de lo que tienen en las cajas. De otra manera, cuando volvamos con refuerzos, habrán escapado con todo.

—Lo intentaremos, entonces —decidió Brock—. Ahora presta atención, Pam... A ti te corresponderá correr a campo traviesa y despertar a papá y mamá, para contárselo todo. ¿Lo harás?

A Pamela no le hizo maldita la gracia aquella misión, pero no podía dejar en la estacada a los dos chicos. Por lo tanto, dijo con un gesto de afirmación:

—De acuerdo. Voy. —Y echó a correr colina abajo como una pequeña sombra negra.

—Es una buena niña —dijo Brock, y él y Peter se encaminaron de nuevo al castillo.

Su propósito era el de trepar por el árbol y entrar por la ventana conocida. Estaban convencidos de que la portezuela seguiría cerrada. Se encaramaron, pues, y poco más tarde se hallaban en la oscura habitación. Allí, en el suelo, se veía la cruz marcada por Peter en la capa de polvo que cubría el suelo.

—¡Ahora, cuidado! —susurró Brock, cuando bajaban por la escalera de servicio—. Los hombres pueden estar en la cocina o en el vestíbulo.

Y descendieron con suma precaución. Pero ni en la cocina ni en el vestíbulo había nadie. De cualquier forma, los chicos procuraban no salir de las sombras, mientras avanzaban.

De pronto percibieron un ruido, y Peter agarró a Brock por un brazo, tirando de él hacia la sombra de un pesado cortinaje del vestíbulo.

—¡Son los hombres, que salen de la chimenea! —susurró—. Acaban de llegar. ¡Necesitaron todo este tiempo para subir por el pasadizo secreto! No deben oírnos... Quizá podamos hacer algo...

Los delincuentes atravesaron la pieza a grandes zancadas y, después de cruzar también el vestíbulo, comenzaron a subir la amplia escalera a la vez que conversaban en voz alta. Era evidente que no sospechaban en absoluto que los niños estuvieran tan cerca, escondidos. Apenas aquellos individuos hubieron doblado hacia un lado, en el rellano, Peter y Brock les siguieron. Era tanta su excitación, que apenas podían respirar.

Los tres hombres llegaron al cuarto de la torre. Los chicos oían perfectamente sus voces, y avanzaban tras ellos en calcetines... ¡Nunca se habían sentido tan inquietos en sus vidas! Permanecían al pie de la escalerilla de caracol y se preguntaban si era el momento adecuado para subir.

—Mejor ir ahora mismo —murmuró Brock—, o volverán a bajar.

Arriba, Galli daba órdenes a los otros dos tipos.

—¡Primero, esta caja! ¡Y daos prisa!

Peter y Brock oyeron el ruido que hacían para cargarse la caja.

—¡Ahora! —susurró Brock, y los dos muchachos se lanzaron jadeantes escaleras arriba, uno detrás de otro.

Llegaron a la puerta sin que los hombres se hubiesen dado cuenta de nada. A la luz de sus linternas, Brock pudo ver cómo dos de aquellos tipos levantaban una de las cajas, dirigidos por Galli. Entonces se arrimó a la puerta y la cerró tan silenciosamente como le fue posible.

Pero no pudo evitar que hiciera un ligero clic al entrar el pestillo en su sitio. Galli lo notó en seguida y bramó:

—¡Atención! ¡En la escalera hay alguien!

Corrió en el acto a la puerta, pero Brock ya había dado vuelta a la llave.

Galli se puso a golpear la madera con sus puños, y la robusta puerta tembló bajo sus embestidas.

—¡Ya puedes aporrear la puerta cuanto quieras! —le gritó Brock con aire de triunfo—. ¡Estáis presos!

Los chicos habían empezado a bajar la escalerilla, cuando los agudos oídos de Peter percibieron lo que uno de los tipos decía.

—¡Yo tengo una llave de esta puerta! La saqué de la cerradura al encerrar a ese chiquillo. ¡Tómala, Galli, y abre! Cazaremos a esos mocosos aunque tengamos que registrar el castillo de arriba abajo.

Peter agarró a Brock por un brazo.

—¿Has oído eso? ¡Tiene una llave de la puerta, Brock! ¡La que estaba puesta cuando te encerraron! ¿Qué hacemos ahora?

Brock subió de nuevo la escalerilla de caracol e iluminó la puerta con su linterna, justamente en el mismo momento en que, dentro, alguien aplicaba la llave a la cerradura. La luz le permitió ver un gran pasador en la parte alta de la puerta, y otro abajo. Mientras trataba de mover el pasador inferior, Brock pedía a Dios y a todos los santos que no estuviera demasiado herrumbroso para moverlo. Tiró de él, pero no

hubo manera de que corriese.

Entre tanto, los hombres del otro lado trataban de hacer girar la llave para abrir la puerta. Pero era más difícil conseguirlo desde dentro que desde fuera. Galli murmuró una serie de palabras de sonido extranjero mientras luchaba por dar vuelta a la llave.

—Deja que yo intente mover el pasador —susurró Peter, y ocupó el lugar del primo.

Pero tampoco pudo. Sólo consiguió correrlo un poco, de tan oxidado como estaba.

—Prueba con el de arriba —dijo Brock.

Peter se colocó de puntillas y trató de correr el pasador de arriba. El muchachito temblaba de pies a cabeza, ya que era horrible oír los esfuerzos que otra persona hacía desde dentro para abrir la puerta, mientras él, Peter, intentaba por todos los medios atrancarla desde fuera.

—¿No cede, Peter? —jadeó Brock, convencido de que los dos serían capturados si los bandidos lograban abrir la puerta.

Pero entonces, Peter emitió un grito y, al mismo tiempo, se produjo un chirrido. La herrumbre del pasador había cedido un poco, y la pieza se introducía lentamente en su sitio. La puerta estaba bien cerrada.

Casi en el mismo momento, la llave pudo girar abriendo por dentro, pero el pasador estaba corrido y Galli rugió de furia al comprobar que no podían salir. De abajo no estaba enganchada, pero sí de arriba.

Los dos chicos temblaban de tal forma, que tuvieron que sentarse en un peldaño y apoyarse uno en otro. Ninguno de ellos hubiese sido capaz de bajar la escalera en ese instante. Allí permanecían muy juntos, escuchando cómo los tres hombres gritaban encolerizados entre sí. Empleaban una lengua extranjera, y de vez en cuando uno de ellos sacudía la puerta con rabia.

—¡Confío en que el pasador resista! —dijo Peter en un susurro—. Todo lo de este castillo está tan viejo y estropeado, que no me extrañaría que saltara.

—Volvamos a probar suerte con el de abajo, cuando esos tipos dejen en paz la puerta por unos momentos —contestó Brock, también con un hilo de voz—. ¡Ahora tenemos la ocasión!

Los dos primos unieron sus esfuerzos para intentar correr el pasador. Peter tomó la navaja de Brock y rascó la herrumbre lo mejor que pudo. Volvió a probar y... para inmenso alivio de los chicos, el pasador entró a tirones en su sitio. Ahora, la puerta estaba sujeta por arriba y por abajo, y ellos tuvieron la certeza de que ya no cedería por mucha fuerza que hicieran desde dentro.

Los hombres lo intentaron una vez más, y se dieron cuenta, en efecto, de que la puerta no se movía por ningún lado.

—¡También han corrido el cerrojo de abajo! —gritó Galli, y era tanta su furia, que se puso a golpear la puerta con los puños y también con los pies.

—¡Ojalá se haga daño! —murmuró Brock, ya mucho más tranquilo. Había dejado

de temblar y se reía para sus adentros pensando en los tipos encajonados allí dentro —. ¡Te digo, Peter, que la labor de esta noche ha sido buena!

—¡Estoy de acuerdo contigo! —respondió Peter, y los dos chicos se abrazaron emocionados al pensar en todo lo pasado para atrapar a los delincuentes.

—Confío en que Pam llegue bien a casa —dijo Brock—. Me pregunto cuánto tardará en traernos ayuda. Supongo que bastante rato, dado que papá tendrá que ponerse en contacto con la policía. Bueno, ¡no me importa esperar a que alguien llegue! Al fin y al cabo, estamos bastante más cómodos que esos dichosos tres tipos.



CAPITULO XII. EL SECRETO SE DESCUBRE

Mientras tanto, Pamela corría a través de los campos y por oscuros caminos. Una vez en marcha, ya no tenía miedo. Era preciso que llevase auxilio a los chicos, y esto daba rapidez a sus pies.

«¡Aprisa, más aprisa! —Se decía—. ¡Debo volar como el viento!».

Y fue lo que hizo. Cuando, por fin, llegó a la casa de sus tíos, golpeó fuertemente la puerta, ya que no quería perder tiempo trepando por el manzano. El tío despertó en el acto y se asomó a la ventana. Al ver a Pamela a la luz de la luna, creyó estar soñando.

—¡Tío! ¡Tío...! ¡Déjame entrar, por favor! —chilló la niña—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Los chicos están en peligro!

Dos minutos más tarde, Pamela estaba en la casa, sentada en las rodillas de su tío. A borbotones le salía toda la historia. El matrimonio la escuchaba atónito. Tía Ketty no se decidía a creer lo sucedido, pero el tío comprendió que era verdad, y que era necesario actuar de inmediato.

—Ya me enteraré luego del resto —le dijo a la angustiada niña—. Si Brock y Peter consiguieron capturar a esos hombres tal como proyectaban hacerlo, tenemos que acudir sin demora. Y si no lograron su propósito, corren un peligro tremendo. Ahora mismo telefono a la policía. Tú cuida de Pam, Ketty. Será mejor acostarla.

Pero Pamela no se hubiese acostado por nada del mundo aquella noche.

—¡Saldré por la ventana, si me hacéis meter en la cama! —Lloró—. ¡Tengo que regresar al castillo, tía Ketty! ¡Tengo que ir...!

Y fue, porque cuando su tío hubo hablado con la policía, dijo que Pamela también debía acompañarles, para indicar a los agentes cuál era la habitación exacta.

Poco después, un coche de la policía con cuatro agentes llegaba a la casa con gran rugido del motor.

Pamela y su tío se introdujeron también en el coche, pese a ir ya lleno, y partieron

en seguida hacia el castillo. Por la carretera, el trayecto era mucho más largo que siguiendo los atajos, pero el coche era potente y veloz.

—¡Mira qué luz hay en el cielo, tío! —exclamó Pamela—. ¿Qué es?

—Es la aurora, pequeña —respondió el tío con una risa—. La noche se acaba. ¿Aún no ha sido suficientemente larga para ti?

—¡Sí, creo que sí! —confesó Pamela, que de pronto se alegraba de que el día ya no estuviera lejos—. Me pregunto cómo podremos entrar en el castillo, tío... Hay cuatro maneras de hacerlo, pero me parece que tres de ellas pueden descartarse.

—¿Cuáles son esas cuatro maneras de entrar, señorita? —inquirió el inspector sentado junto a ella.

—La puerta principal, en primer lugar —explicó Pamela—, pero las cerraduras y los pestillos están totalmente oxidados, de modo que no pudimos abrirla. Luego existe una portezuela muy baja, en la pared de atrás, que da a la cocina, pero está cerrada y atrancada. Hay también un pasadizo secreto que lleva desde el pie de la roca empinada a través de los muros del castillo y luego sube por una chimenea...

—¡Qué barbaridad! —dijo el policía—. ¿Y cómo descubristeis todo eso? ¡La verdad es que los niños sois muy atrevidos! ¿Cuál es el cuarto camino para entrar?

—El que utilizamos la primera vez —respondió Pamela—. Trepando a un árbol para meternos por una ventana. Pero temo que ustedes sean todos demasiado gruesos para eso.

—Hundiremos la puerta pequeña —decidió el policía, riendo.

Y eso es lo que hicieron.

Los dos muchachitos continuaban sentados muy juntos en la escalerilla de la torre, bastante soñolientos ya. La aurora empezaba a introducir sus dedos de plata por las aspilleras cuando, de pronto, percibieron el ruido del coche de la policía que se acercaba al castillo. Momentos más tarde sonaron unos fuertes golpes contra la puerta pequeña.

—¡Ya entran! —exclamó Brock, lleno de emoción, y por poco cae escaleras abajo al ponerse de pie—. ¡Hunden la portezuela! ¡Ya están dentro, Peter, ya están! ¡Pamela! ¡Pamela...! ¡Aquí...!

La niña se lanzó hacia arriba, seguida de su tío y los cuatro policías. Entró casi sin respiración en la pieza de la que partía la escalerilla de caracol que conducía al cuarto de la torre, y gritó:

—¡Peter! ¡Brock! ¿Pudisteis atrapar a esos hombres? ¡Aquí está el tío, con cuatro policías!

—¡Sí, los tenemos! —gritó Brock, y esbozó una amplia sonrisa cuando la cara excitada de la prima asomó por una vuelta de la escalerilla—. ¡Están bien encerrados!

Los hombres guardaban silencio desde que oyeran las voces. Se daban perfecta cuenta de que todo había terminado para ellos.

—¡Vosotros, niños, bajad en seguida! —ordenó el inspector, que de pronto adoptaba un tono nuevo y severo.

Aunque Brock, Peter y Pamela hubiesen querido presenciar el final de la historia, no se atrevieron a contradecir. Les tocó obedecer y esperar en la habitación inferior mientras la policía abría la puerta y se arrojaba contra los delincuentes.

Hubo gritos y forcejeos, pero los tres tipos no pudieron contra los cinco hombres que ahora iban a ajustar cuentas, y no transcurrió mucho rato antes de que por la escalera de caracol descendiese una triste procesión bajo la vigilancia de la autoridad.

—¡Metedlos en una habitación y estad con ellos hasta que yo vaya! —Dispuso el inspector, y seguidamente se dirigió a los niños—: Vosotros venid conmigo. Vamos a abrir las cajas, pues merecéis ver lo que contienen, ya que en realidad fuisteis vosotros quienes apresasteis a los ladrones.

Los niños siguieron al inspector y al padre de Brock, presas de una máxima excitación. Las grandes cajas estaban todavía sin abrir.

El inspector, provisto de las herramientas adecuadas, empezó a forzar en seguida las cajas. Habían sido realmente bien cerradas, e incluso cuando las abrazaderas estuvieron quitadas y las cuerdas seccionadas y eliminados los flejes, aún quedaban por abrir unos candados. Pero el inspector contaba con unas llaves maravillosas.

—Una de ellas abrirá los candados —explicó a los niños—. Tengo el orgullo de poder decir que poseo llaves para vencer cualquier cerradura o candado del mundo.

Los candados de la primera caja se abrieron con un chasquido seco. El policía retiró la pesada tapa. Encima de todo apareció algo semejante a algodón. Pam lo apartó.

Y entonces, todos lanzaron exclamaciones de asombro y respeto, porque en la caja había las joyas más preciosas de que los niños hubiesen tenido noticia jamás. Enormes rubíes flameaban y relucían en collares y diademas. Por doquier parpadeaban verdes esmeraldas de una belleza indescriptible, y multitud de diamantes despedían unos destellos cegadores a la luz de las linternas.

—¡Cielos! —exclamó el padre de Brock, que fue el primero en recobrar el habla—. Digo, inspector, que no puede tratarse de alhajas corrientes... ¡Esto vale una fortuna! ¡Una fortuna gigantesca! ¿De dónde pueden proceder estas joyas?

—Me figuro que son las joyas personales de la princesa de Larreeanah —contestó el inspector—. Le fueron robadas en un barco, cuando huía de su palacio de la India para refugiarse en nuestro país. Es una historia asombrosa. Mandó poner todas sus alhajas en estos cajones, asegurándolos de mil maneras. Fueron depositados en la cámara acorazada del vapor que ella tomó, y aparentemente estaban bajo vigilancia noche y día. Cuando la princesa desembarcó, se llevó las cajas consigo. Pero, al abrirlas en su banco de Londres, se encontró con que no contenían más que piedras.

—¿Y cómo pudo ser eso? —preguntó Pamela con ojos muy abiertos—. ¿Y, ahora, cómo vinieron a parar aquí?

—Supongo que uno de los guardianes del barco fue sobornado por algún ladrón profesional que conocía lo que iba en las cajas —contestó el inspector—. Debía disponer de otras cajas del mismo tamaño y las preparó, llenándolas de piedras. Me

figuro que las escondería dentro de unos baúles de su propiedad. En un momento oportuno tuvo que entrar en la cámara donde estaban las cajas del tesoro, cambiándolas e introduciendo éstas en sus baúles, que tenían que ser muy grandes, y luego bajaría a tierra con ellos.

—¡Y la pobre princesa se llevó las cajas llenas de piedras! —exclamó Brock—. ¿Cree usted que era Galli ese tipo?

—Eso me imagino —asintió el inspector, a la vez que comenzaba a abrir el segundo cajón—. Es probablemente un ladrón muy ducho, uno de los más listos con que hayamos tropezado, y que ya andábamos buscando por otro robo muy audaz. Ahora se ha afeitado el bigote y la barba, pero yo he visto que le falta un dedo meñique, ¡y eso mismo habían notado en ese ladrón de que os hablo! Pero... ¡qué maravilla! Mirad esto...

La segunda caja estaba abierta al fin, y en su interior aparecieron tesoros tan fascinantes como en la primera. Pamela extrajo una diadema preciosa, casi una pequeña corona, y se la puso.

—¡Ahora vales unas cincuenta mil libras! —rió su tío—. ¿Qué, te sientes grande e importante?

—¡Ya lo creo! —exclamó la niña con una carcajada.

—¡Bien mereces sentirte como tal! —agregó el policía, al mismo tiempo que cerraba y volvía a asegurar la caja primera—. Pero no por lucir en este momento una joya tan extraordinaria. Mereces sentirte grande e importante porque tú, tu hermano y tu primo habéis hecho posible la recuperación de todas estas joyas y la captura de los ladrones. Me atrevo a decir que, en estos momentos, sois los niños más valientes y listos de todo el reino.



Hasta Brock se sonrojó al oír esto. Los tres chicos se sentían sumamente satisfechos.

—La verdad es que no nos sentíamos muy listos ni valientes mientras estábamos metidos en este lío —dijo Peter, honradamente—. Yo pasé mucho miedo, y sé que a la pobre Pam le ocurría otro tanto.

—Tiene más mérito hacer algo que nos da miedo, que algo que no nos importa —señaló el inspector—. No sé qué hacer ahora con estas cajas. Creo que esposaré a esos tres hombres, encargaré a dos de mis agentes que se los lleven y dejaré al tercero de guardia mientras yo informo a Scotland Yard.

—¿Qué es Scotland Yard? —preguntó Pamela.

—Es el lugar donde trabajan todos los jefes de policía —le explicó el inspector con una súbita sonrisa—. ¡Un sitio muy importante! Y ahora venid conmigo. Tenéis que estar rendidos.

Descendieron juntos la escalerilla. El inspector dio las órdenes correspondientes, y los tres ceñudos ladrones fueron esposados unos a otros, de modo que los dos policías no tuviesen dificultades para vigilarlos. El tercer agente fue enviado al cuarto de la torre.

—Enviaré un coche para recoger a Galli y a los demás —dijo el jefe—. Ahora acompañaré a casa a estos niños, y su tío puede venir conmigo al cuartelillo.

Poco faltó para que Pamela se durmiera durante el viaje. Estaba totalmente agotada. Los dos chicos, en cambio, seguían muy excitados. A través de las ventanillas del coche contemplaban la salida del sol por el lado de Oriente. Desde ayer parecía haber pasado una eternidad. ¿Podían suceder tantas cosas en una sola noche?

La madre de Brock mandó a los tres niños a la cama en cuanto los tuvo en casa.

—¡Estáis totalmente extenuados! —dijo—. Ya me lo contaréis todo al despertar. Tú, Pam, ven. Te ayudaré a ponerte el pijama. ¡Si apenas te sostienes de pie!

También los chicos estuvieron contentos de acostarse por fin, aunque parecía extraño hacerlo cuando el sol empezaba a salir.

Brock se arrebujó a gusto.

—¡Buenas noches, Peter! —dijo—. Mejor dicho, ¡buenos días! ¡Vaya aventura la nuestra! Por una parte siento que haya terminado. ¡Créeme que disfruté resolviendo el misterio de Cliff Castle!

—¡Sí; no nos costó mucho descubrirlo! —asintió Peter—. A mí también me sabe mal que todo acabara.

Mas no era así. La princesa de Larreeanah estaba tan entusiasmada con la recuperación de sus joyas, que acudió personalmente a conocer a los valerosos niños.

Llegó en un automóvil magnífico y lucía varias de las alhajas. Y para turbación de Pamela, Peter y Brock, les besó a todos.

A ellos no les hacía ninguna gracia que una persona extraña les besara, aunque se tratase de una princesa, y de momento les pareció que aquella dama no les iba a caer simpática. Pero pronto cambiaron de opinión cuando vieron lo que les había traído en una camioneta que seguía a su coche.

—¡Abrid las puertas de la camioneta y mirad lo que hay dentro para vosotros! —exclamó la princesa a los sorprendidos niños.

Brock lo hizo y... ¡los tres quedaron boquiabiertos ante el soberbio regalo!

—¡Un coche! ¡Un coche en el que cabremos nosotros tres! —exclamó Brock, sin poder apartar los ojos del precioso automóvil transportado en la camioneta.

Era de un brillante color rojo, con franjas amarillas a los lados y tapacubos también amarillos. Los faros, el marco del parabrisas y los tiradores parecían de plata.

—Funciona con electricidad —dijo la princesa—. Lo mandé fabricar especialmente para vosotros. No necesitáis permiso de conducir para llevarlo, desde luego, ya que está registrado como automóvil de juguete. Sin embargo, se conduce igual que un coche de verdad; tiene claxon y todo, y, como funciona con electricidad, no tendréis que gastar en gasolina.

—¡Salgamos ahora mismo a dar un paseo! —gritó Peter, loco de alegría.

Sacaron el magnífico cochecito de la camioneta, pues, y subieron a él. Brock se sentó al volante. Movi6 una palanca, quitó el freno y... ¡allá que se fue el pequeño

automóvil, carretera abajo, con sus tres emocionados pasajeros!

—¡Qué fin más estupendo para una aventura! —explicó Peter—. ¿No dije yo que viviríamos alguna aventura de verdad? ¿Acaso no estaba en lo cierto?

¡Y tanto que lo estaba!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.